BOLETIN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO XIV. — ENERO - MARZO, 1932. — NÚM. 1

Algunos pensamientos españoles de una española

(Conclusión)

[fol. 9 r.]

[10.] EN EL DÍA DE SAN FERNANDO DE 1914

(FRAGMENTO)

Con la llama que en alas del incienso vuela altísima, así el nombre de *Fernando* suena entre las bendiciones y alegre alarido de las gentes. *Fernando,* canta el sacerdote al pie de los altares; *Fernando*, repite el coro de Vírgenes consagradas al Dios puro; *viva Fernando setimo*, las inocentes voces de la niñez; *viva nuestro Soberano,* dice con gloria el guerrero; *viva el Rey*, grita el pueblo alborozado; y *Fernando* resuena en los corazones con todo el entusiasmo del amor.

No de otro modo, al romper los diques que le impuso la codicia, rebosa el mar por las tierras que se le usurparon, arrancando todo lo que en ellas edificó el artificio, que ya, no compelido, se arroja el noble amor de la Nación destruyendo las ilusiones que fabricó la insensatez en el terreno arrancado a su confianza.

Era llegado el día en que el error, fingiendo su trono sobre las ilustres ruinas con que el valor y la lealtad cubrieron el suelo patrio, pretendía dominar a la verdad y dictar leyes a la razón. Era llegado el momento en que la Patria, cercada su inocente cerviz de meteoros brillantes, iba a ser sacrificada en las aras de la perfidia. El tumulto de las intrigas y de las pasiones sofocaba el gemi-

do de los hijos de España. El fanatismo de la libertad, persuadiendo sin convencer a los incautos, había inspirado aquella falsa magnanimidad que el orgullo y la ignorancia equivocan con la verdadera grandeza del alma, y cuyo funesto influjo, cual el ardiente rayo del sol después de la lluvia de Marzo, es causar una estéril sequedad en el corazón. Llamose *Cosmopolita* el que en los arenales de la indiferencia sepultaba el patriotismo tan fértil en virtudes; díjose *liberal* el que intentaba desgajar, del tronco robusto de la Religión, el divino follaje a cuya sombra se guarece el corazón afligido y descansa consolado; creyose *sabio* el que despreció los frutos sagrados de la experiencia por las efímeras flores de la imaginación; erigiéronse *en representantes de la Nación* los que, con la burlesca apariencia de liberalidad, tiranizaban la opinión pública, demostrando en sus debates, tan pueriles como frívolos, que sólo en la intolerancia política poseían firmeza; ilegítimos refundidores de las antiguas leyes de su patria; primeros también en quebrantar las que [fol. 9 v.] sancionaban, con toda la osadía del despotismo, siempre que la virtud y la Religión las reclamaban. Era llegada, en fin, la funesta época en que el vértigo de las pasiones se consolidaba en regla de conducta...; ya la discordia era la única esperanza de los buenos... Pero el Dios de los Imperios, que vela sobre la España, ve con plácida sonrisa estrellarse, en la altura de su voluntad, los planes del malvado—su hálito divino va en un momento a trastornar los alcázares de la sabiduría humana. A su mandato cae de su usurpado asiento la Fiera que dominó a la Europa; y *Fernando*, el perseguido, el predestinado *Fernando*, es restituído al trono de sus mayores. Angeles de paz preceden su marcha majestuosa. No es más instantánea la luz en la atmósfera al asomarse el Sol en el horizonte que, con la presencia del Rey, fué pronto la virtud a extenderse por el ámbito Español. Cual céfiro suave que en las fértiles campañas que riega el *Betis* hace blandear la mies, mientras el Labrador contempla con delicia la dorada esperanza de sus afanes; así los primeros pasos del Monarca rinden todos los corazones y le presagian un reinado feliz. Y feliz será, ¡oh adorado *Fernando!* Desde el trono de marfil de la inocencia y virtud, sujetarás, con nudos de bronce, la ambición cruel, y condenarás a eterna cadena la perfidia y la discordia; entre la púrpura y oro del solio de las Españas brillarán los caracteres de amor e indulgencia,

esculpidos con regia magnanimidad. El cetro, que es tuyo por derecho, por merecimientos y por prodigios, sin más adorno que el ramo de oliva con que, semejante a la paloma del arca, volviste anunciándonos la clemencia de los cielos, inflexible en la causa de la justicia, hará temblar al malvado, aherrojando para siempre el crimen a quien la locura erigió un pedestal; mientras que de los soberbios brillos de tu corona, enjoyada por la munificencia de dos mundos, dimanarán las benéficas luces que darán prosperidad a tus dominios.

Vuelvan, pues, a enternecer mi alma esas voces, esas músicas, ese nombre de *Fernando* que tanta magia tiene. ¡No es más dulce en la siesta del Estío, al amante de los campos, el apacible murmullo del arroyuelo, cuyas ondas juegan festivas con las flores y espadañas; no es más grato al contemplador de la naturaleza lo que dice el agitado rumor de la selva; no es más delicioso al corazón inquieto el prolongado suspiro del Ruiseñor en la tranquila luz de la Luna; qué son para mi alma enternecida esas voces, esas músicas, ese nombre de *Fernando,* que tanta magia tiene!

[fol. 10. r.]

[11] NAPOLEÓN

Escrito el día 10 de Avril 1815, en imitación del que escribió en 20 de Mayo 1814.

Por esto mi pueblo, volviendo los ojos hacia estas cosas, y hallando en los malos unos días llenos de prosperidad, dijo: ¿cómo es posible que Dios sepa esto? Ciertamente, ¡oh Dios! esta prosperidad que les diste les sirvió de lazo; cuando se elevaban los derribaste. Salmo 9.

«¡Napoleón!», vociferó el genio del abismo. «Napoleón», !«revocaron las sombras que habitan en eterno dolor; y al eco funesto retemblaron las hondas bóvedas de la muerte. Napoleón! vuelve a empuñar el azote que te cometió mi furor; no es pasado aún el día de la divinal venganza!».

Semejante a un cometa precipitado del cielo que, arrestado un momento por el torbellino, se desploma con más ímpetu asolando el mundo, así cae el tirano con renovado crimen sobre los pueblos.

¿Qué es de los magnánimos? ¿Qué es del Rey que perdonó y

amó? ¿Dó estaban los bajeles y cubren el Océano, y los de *Albión* qué se hicieron que así, inmune, hiende las sosegadas olas la navecilla que conduce horror y la muerte?

Cae el tirano sobre los pueblos, y los viles esclavos que, en desdoro de la justicia perdonó una falsa clemencia, abandonan los blanquísimos Lirios por el estandarte manchado de los tres colores.

Hierven en la negra fantasía del tirano las sangrientas imágenes que la ambición y la venganza grabaran en su corazón. Ve con trémula ira la esperanza derramando flores sobre el sepulcro del *d'Enghien* y sembrando dulces semillas en la senda trazada por la virtud al legítimo Monarca de *las Galias*. Contempla con asombro el inflexible honor y la lealtad inalterable de los *españoles*. Le aterra la gloria de la rejuvenecida *Germania* el genio indomable de los *Scitas*... empero, cual bandido que extraviado y abatido en noche tempestuosa, recobra aliento al divisar la luz que indica la guarida de sus compañeros, y rompe por los fantasmas de la tenebrosa atmósfera hasta alcanzar la turba de foragidos: así *Napoleón* se arroja en medio de las pérfidas legiones que, vendidas a la rebelión, sólo saben servir a quien los conduce a robo y rapiña.

[fol. 10 v]

Embriagada su mente con los sueños de su ambición, le presenta su propia imagen cerca de todos los objetos que formaron siempre sus delicias. La palidez del crimen cubre su frente, formada por el desprecio y el orgullo; en sus ojos bulle la insidia y el vil espionaje; la soberbia y el fraude cuelgan de sus labios, y en su pecho se anida todo lo que reunió el Averno en aquellos negros espíritus caídos, a un mismo tiempo, de su dominio y de la virtud.

En una mano lleva una espada, asoladora como el huracán que vomita el fiero Setentrión, y en la otra la inocente imagen de la infancia, a la que su astuta cobardía finge homenaje. Precédele el *Tumulto*, tendiendo la roja red de la discordia civil; a su lado la *Tiranía* cubre con un velo de oro la *Destrucción*, vestida sólo de puñales; forman su séquito el *Espanto*, el *Terror* y la *Angustia*, empujadas por el *Odio* y la *Venganza*. Los Genios livianos de la Francia, pintados de mil colores, revuelven con sus alas la triste atmósfera, y su insano rumor va a perderse en el prolongado gemido del porvenir.

Gózase el tirano en el hórrido cuadro que le bosqueja el dedo de las Furias, y arrojándose de nuevo en la impetuosa carrera de

sus crimenes, semejante al *Atheismo* aniquilador, sus pisadas todo lo desboronan, menos el dolor y la muerte...

...Pero ¿qué voz, dulce como el Hosana de los Querubes, penetra mi alma, sin perturbar los delirios del malvado?... «Hombre ciego e impío, le dice: ¿piensas que la sangrienta nube que tu aliento formó, robará la luz al día, y que el cielo no ve la negra hazaña que premeditas, si bien la naturaleza se estremece al nombrarla? ¡Miserable! El angel de las venganzas suspendió su flamígera espada cuando fuiste derribado, porque sus miradas de amos cayeron sobre las dos ilustres víctimas que aun poseía el suelo de las Galias. ¡Tiembla ya, impío! voraz, informe y tremenda, como la furia del Océano, te envuelve la guerra civil. Lanzada del Norte con terrible pompa, la *Batalla* llega, guiada por la *Justicia;* su alarido truena en el glorioso *Pirene*. ¡Tiembla, impío! la trémula tierra te rechaza, el brazo encarnizado de la *Venganza* rasga el aire que respiras, y el Averno bosteza en ansiosa espectación de tus destrozados miembros!»

Dijo el profeta Querub—y el eco consolador permanece en el alma quebrantando las densas nubes de la desesperación...

[fol. 11 r.]

[12] UN SUEÑO

[Nota de J. N. Böhl] Sehr gut.

En contestación a la Alocución de Amigos del país de Sevilla por mi amigo Vargas Ponce.

Estábame embebida en la lectura de la Alocución a la real Sociedad de amigos del país de *Sevilla* que, bajo la forma de un ensueño respira el más acendrado patriotismo y la beneficencia más comprensiva, cuando sonó las doce el reloj de la Iglesia, hora en que los sepulcros bostezan, y las sombras, a favor del silencio y de la oscuridad, salen a visitar las moradas de los mortales y les presentan imágenes aéreas, fantásticas, que el hombre llama disparates, pero que yo miro con cierta veneración, porque sé poco distinguir la razón humana de los sueños. Cerré los hojos con algún graso de aquel pavor anexo a la soledad y quietud de las doce de la noche. Una hermosa mujer se me presentó cuando aún permanecía en mi

imaginación la estampa de aquel *Alemán* adusto que tantas claridades dijo a mi digno *Español.* Por la dulzura de su sonrisa la hubiera tomado por la *Esperanza,* pero en su lenguaje sobrio e impresivo reconocí que era la *Verdad.*

«Hija de la *España,* me dijo, he oído el suspiro de tu corazón al leer la diatribe del *Alemán,* y vengo a consolarte, no con fantásticas visiones de una perfección, que es tan ajena de la *España,* como todos los demás países del hombre, sino con axiomas sacados de la experiencia de los siglos.»

Al oir estas dulces voces que, a manera de un suave rocío, reanimaron mi espíritu que mi triste lectura había marchitado, yo, con aquella ingenua curiosidad que anhela por que le expliquen lo que siente sin poderlo definir, la dije: ¿Y será que el *Alemán* haya ponderado y *Sevilla* no esté en la decadencia en que nos la pinta? ¿Será que haya recargado el cuadro con el tinte oscuro que trajo consigo de sus lóbregas regiones?». «Y bien que *Sevilla* haya decaído de su antigua grandeza, me respondió; ¿fué otra la suerte de la ilustrada *Atenas,* de la opulenta *Cartago,* de la imperante *Roma?* y en la constante rotación de las cosas humanas, ¿no tendrán la misma la esclarecida *Berlín,* la poderosa *Londres,* la orgullosa *París,* que ahora ocupa el lugar de aquéllos? Y ese [fol. 11 v.] filósofo que se dijo tan cristiano, en vez de atribuir a los Españoles la decadencia Sevillana, ¿cómo no percibió el orden inalterable de la Providencia en esa poca estabilidad de los sucesos humanos y en la incesante alternativa del bien y del mal que tan enfáticamente proclama la decretada imperfección de nuestro destino sublunar?»

«*Sevilla* cayó, sin duda, de su antiguo esplendor; pero a su lado ¿no se levantó *Cádiz,* la civilizada, la floreciente *Cádiz,* emporio de un grandioso comercio, escuela de la policía más perfecta, de la elegancia, lujo y generosidad? En sus umbrales ¿no vió *Jerez* encumbrada la universal fama de su vid? Más allá ¿no ha adquirido nuevamente *Valencia* el nombre de jardin de la *Europa? Barcelona,* no ha sido proclamada país de la industria? y aun la trabajada montaña de *Galicia* ¿no es otra de lo que era en aquellos tiempos que todo lo encerraba *Sevilla?*».

No suena con más tierna alegría el eco de las campanas de su lugar nativo, al desterrado que regresa a su Patria, que sonó el de estas palabras en mi corazón. Pero temiendo abandonarme de un

todo a esta expansión del alma sin la venia de la *Verdad*, la interrumpí con aquellas especiosas razones que me habían parecido, sin réplica, en la boca del *Alemán*. Después de haberme escuchado con paciencia, me replicó: «Mucho se ha exagerado la población, la civilización y la cultura de aquellos siglos que no eran Españoles, en descrédito del cristianismo y de la uniforme moral de las sociedades. Algunos críticos, sin embargo, se han atrevido, después de profundas investigaciones, a contradecir esos eternos apedreadoros de la *España*, y a probar que quizá es mejor el estado general de la Península en vuestros días, que lo fué en aquellos que sólo aparecen como precursores de otros más justos y benéficos, si bien fueron gloriosos, por contar entonces la *España*, en su seno, mayor número de Héroes que de labradores, de caballeros que de artesanos, de poetas que de jornaleros. La *Andalucía*, cuya feracidad se burla de la mano del hombre, pudo presentarse al recuerdo, crédito del censor *Alemán*, más lozana, más cubierta de árboles, con más sabia de vegetación, más joven, en fin, que cuando sus tétricos ojos descubrieron la campiña de *Sevilla* desde su Giralda, y que, prescindiendo de la admirable perspectiva, sólo se ocupó en registrar sus faltas y sobras con aquella acre perspicacia tan [fol. 12 r.] ajena del verdadero y grandioso genio, como de la benevolencia. Pero donde se lanzaron con más santo furor sus miradas fué sobre el *Circo*, y, a manera de energúmeno, prorrumpió en acerbas inventivas. Ni aun el nombre que le puso fué parte a mitigar su ira con el recuerdo de lo que pasaba en el circo Romano, muy otramente cruel y atroz que lo que pasa en la plaza de toros. Y sin apelar a esos tiempos que nuestro hombre podría calificar de bárbaros, los pugilistas entre los ingleses, los despedazamientos de animales en *Viena*, el echar perros de presa a un malhadado toro, atado e indefenso, las peleas de gallos, etc., ¿son, por ventura, diversiones menos crueles y sangrientas que un espectáculo en que se ve juntar la habilidad del hombre con las libres y superiores fuerzas de una fiera...? No seré yo, por cierto, la que apruebe estas fiestas, aunque reconozco que no las hay más populares, ni en que se unan los hombres con más cordial alegría; pero no tiene derecho ningún extranjero a vituperarlas, sino el que le da la envidia al ver un espectáculo nacional más magnífico, sin ser más bárbaro, que los suyos.»

Ya brincaba el corazón en mi pecho, y con aquel entusiasmo que mata todas las dudas; ya creía yo ver, en el lenguaje sensato de la *Verdad,* echados por la tierra los argumentos elaborados del frío *Alemán*, y casi quería habérmelas con el filósofo *Español* que con tanta flema le había escuchado, cuando mi consoladora, revistiendo su semblante de severidad, cortó el vuelo a mi enagenamiento con estas graves razones:

«Es indudable: No la *España*, los Españoles son los caídos de su antigua grandeza. Todo el ámbito del país no ofrece hoy el catálogo que hace de los hombres grandes de la sola *Sevilla,* el que se dijo mentor del *Alemán.* El sobrado pundonor de vuestros antepasados ha degenerado en la vanidad de la extranjera-manía; su ardiente patriotismo se ha transformado en un vil desprecio de su propia Nación; aquel honor y aquella religión caballeresca que los hacía tan nobles hombres, ha cedido a la acerada punta de la ironía, y en vez del ancho pecho en que circulaban con robustez los más generosos pensamientos, las garras petrificantes del egoísmo ha encogido el de los modernos Españoles que cifran su mezquina ilustración en la idololatría de las hechuras transpirenáicas, con harto perjuicio de sus conciudadanos, a quienes no se elogia o vitupera impunemente. [fol. 12 v] No es la falta de instrucción la que ha degradado el carácter español. Cuando todo el saber de vuestros abuelos se encerraba en la doctrina de servir a Dios, su Rey, su Dama, sólo los Genios sobresalientes, eran los que se dedicaban a las ciencias, artes o literatura; así fué que eran gentes sin medio término, caracteres decididos, y que formaron el nombre de su Nación. No así los semi-sabios del día, que (me atrevo a decirlo) ni aún comprenden el espíritu de aquellos siglos gloriosos de su patria. Y en esta parte dijo bien el severo *Alemán: Pero a vosotros, al contrario de lo que a Orfeo finge la fábula o de Lot enseña la santa escritura, es preciso mandaros que volvais la cara atras para que asegureis y rectifiqueis vuestro camino.* Pero ¿cómo se ha de lograr tan santa emulación, si desde pequeñuelos se les infunde tedio hacia todas las cosas de *España?* ¿Sería queriéndoles probar que su Nación es la última de todas las Naciones, que se les inspirará la elación patriótica que tanto excita todas las facultades del alma?—*Instrucción, Instrucción pública,* clama el filósofo que escuchó al *Alemán.* Y qué ¡toda la nación se ha de componer de eruditos? Los menestrales, los jorna-

leros que han de ocupar todos los momentos de su vida en adquirir la subsistencia material con el trabajo de sus brazos, ¿podrán digerir otra enseñanza que la muy sencilla de la doctrina, leer, escribir y contar?—A semejanza a los delirios de *Rousseau*, que pretendía hacer de cada Padre el preceptor de su hijo, de lo cual resultarían sólo dos clases en la sociedad, la de maestros y discípulos, tan impracticable me parece la idea de una instrucción tan universal, tan profunda. Vuelvan los Españoles a amar y admirar a su patria, nútranse de los recuerdos de sus glorias nacionales, considérense los unos a los otros como dignos descendientes de sus ilustres antepasados, aprecien lo que poseen y ya que en algo han de imitar a los Extranjeros, sea en el buen nombre que todos ellos se jactan de dar a su Patria; y yo aseguro que prosperará de nuevo la *España* con sólo los sentimientos grandes que inspira el verdadero patriotísmo.»

En diciendo esto, pareciome oir una música suspirada por el coro de espíritus que tantas veces he creído percibir en el vago murmullo de la selva, cuando el sol tendía sus últimos rayos sobre el césped y la creación toda se arrullaba para el reposo; y que volviéndose a derramar en el rostro de la virginal aparición la dulce sonrisa de la esperanza, mirándome con ternura e indulgencia, se desvaneció a mi vista a manera de todas las imágenes de perfección que nos bosqueja la fantasía.

Cádiz, 6 de junio de 1817.

[fol. 13 r.]

[13.] FANTASÍA

En los jardines de la casa de campo, 14 sep. 1817.

Día en que *salió a misa* la Reina D.ª Isabel, después de su parto.

¡Qué soledad en el umbral de la Metrópoli! El viento se ha dormido sobre las hojas del Bosque. *Manzanares* tiende en silencio sus humildes aguas. Los pájaros ya callan. Apenas penetra la tranquila atmósfera el eco del murmullo de la población... (empieza a susurrar un Ruiseñor y sigue hasta romper el aire con sus trinos, y luego calla). —¡Genio del canto y de la soledad! ¿Qué es

lo que celebras? ¿Eres tú el intérprete del alma henchida de lo que no sabe expresar, o eres el espíritu mismo que la animas?—Semejante a la misteriosa voz de la inmortalidad, el eco de tus notas rebosa en los valles profundos, se extiende por la concavidad de los cielos y nada en el aire que respiro... (vuélvense a oir los prolongados silbos del Ruiseñor)... Dime, dulce cantor de la Selva, ¿dónde robas esa suavidad que trinas, sea susurrándola, cual agitada brisa, entre la maleza del monte, cuando la Luna lo baña en silenciosa luz; sea que la bibres en la ráfaga sonora; que en vagorosos quiebros la deslices por el ondoso Arroyo, o que en redoblados gorjeos la arrojes por la cima de los bosques, hasta que, flautada, expira entre los pimpollos del rosal?... ¿Eres el alegre mensajero del cielo, cuando derramando a borbollones tus altos, enllenados y bulliciosos tonos comunicas inexplicable gozo al alma, o eres el genio de la melancolía que, con blandos, tiernos y prolongados suspiros excitas la meditación sublime y la paz del corazón? (canta el Ruiseñor)... ¡Dulce pájaro! ¡Profeta de la imaginación y de la sensibilidad! ¿Qué vaticinio cantas para que así mis ojos se arrasen en lágrimas de esperanzas y dulzuras? ¿Cantas las futuras glorias de mi Patria?... (suenan los silbos interrumpidos del Ruiseñor...) ¡Oráculo de la fantasía! ¡Cuánto me dicen esos quebrantados silbidos! Cual si fueras el historiador de mis deseos, o la divina voz de la esperanza, me manifiestas la Paz, hija del amor y de la armonía, cubriendo de flores y frutos los campos de mi Patria, desplegando sobre los mares aquel antiguó y noble pabellón que los dominaba en tiempos más felices, vertiendo virtudes y luces en los receptáculos de la instrucción pública, tejiendo coronas de mirto y laurel en los templos de las bellas artes, y proclamando al universo la prosperidad de una Nación, cuyos sacrificios en la augusta causa de su Religión, Rey y Patria, la inmortalizan entre toda gente que sepa de honor, valor y lealtad. — (Vuélase de allí el Ruiseñor). ¡Adiós, alma música de estos Bosques! Entre sus sombras aún resurte el espíritu de tu canto, y al alejarme de ellas llevo el sentimiento sublime de amor y esperanza que inspira tanta fe en todo lo bueno!

Cádiz 24 de septiembre 1817

[fol. 13 v.]

[14] EPIDEMIA DE 1819

No interrumpió el fatal silencio con que progresaba el funesto contagio en la ciudad de *San Fernando* la visita de los cuatro facultativos encargados por el Gobierno en averiguar su existencia y en salvar millares de vidas entregadas a sus conocimientos y honradez, no; el silencio de la abrasadora atmósfera de junio, no fué herido por el clamor de la vigilante humanidad, ni por las nobles voces de la desinteresada ciencia, ni aun por los desvelos de la autoridad. Díjose a los pueblos: «No es epidemia»; y la mortífera fiebre, desplegando libre sus gualdas alas, llevó la desolación y la muerte donde la salud y la vida circulaban con no vista lozanía. ¡Quién, ¡oh! quién pensara que el Sol, el Sol tan claro, tan bello, el cielo tan puro, fueren tan mentirosos como la rectitud de aquellos hombres! ¡Quién, al ver reflejado, invariable, en el mar toda la gloria del cerúleo ambiente, imaginara que *una niebla amarilla* [1] se acumulaba debajo de las brillosas estrellas, y convertiría en llanto y duelo estas alegres prendas de los cielos! ¿Quién? el malvado que, impune y seguro, pudo reirse del peligro que no le amenazaba personalmente y... no es posible proseguir: hay crímenes de tan baja naturaleza, que no le es dado a una pluma honrada estamparlos...

Libre vuela el contagio. No acecha con más astucia, desde el árbol del cual se fingió rama, la culebra al incauto viajero para lanzársele encima con todos sus venenos que, brujuleando víctimas acomete, con sus mil horrores, la fiebre devoradora al confiado habitante de *Andalucía*. Un hórrido sosiego circula en los rayos del Sol ya, para la imaginación aterrada, teñidos de cobre. Días del viento Este, más asolador que el Simoom del desierto, turban la atmósfera de agosto, y ya encerrado en la tierra de su sepulcro, el engañado habitante se ve envuelto por la horrenda sonrisa de la imaginación! ¡Dios funesto! Ah! no sólo fueron nuestras víctimas los de la fiebre! No; no es el más infeliz el que muere! Viudas, huérfanos, y, sobre todo, Madres; decidlo... pero ¿quién pintará el dolor de una Madre? ¡Ah! Cuántas habrán perdido tranquilidad y

(1) Expresión de Arriaza.

salud sólo con el recelo de la enfermedad, aun cuando no hayan tenido valor para imaginar la muerte de sus hijos...! Pero qué visión, pura y refulgente, disipa en mi alma las imágenes de angustia presentadas por la memoria? ¿Qué dulce pensamiento es el que viene a desvanecer las ideas aciagas que abatían mi espíritu? Veo a la afligida *Cádiz*; veo cernerse sobre ella el angel de la caridad, de cuyas alas caen, como rocío del cielo, los sentimientos sublimes de amor, generosidad y desprendimiento, y veo a sus ciudadanos recogerlos en su corazón. ¡Oh, *Cádiz!* Patria mia! No tan grande te manifestaste al salvar al mundo de la opresión de un tirano; no tan denodada cuando juraste perecer por tus leyes y Rey. En estos hechos pudo caber sensación humana; aquí tu caridad ha sido toda del cielo. Otros historiarán tus virtudes, yo las pienso y las amo. Recibe mi amor y veneración. ¡Oh, Patria mía!

29 diciembre 1819.

[fol. 14 r]

[15] MUERTE DEL ÚLTIMO VERDUGO DE CADIZ

Año 1817 verdadera.

Aquel Angel del paraíso cuya dulce tarea es buscar a los mortales más angustiados y delincuentes, verter en su corazón el bálsamo de la esperanza, y llevar en sus alas al trono de Dios el último hálito del infortunio, oyó el gemido de un infeliz que en la humildad de su postrer pensamiento, rotas ya todas las fibras de su miserable existencia, y postrado en el polvo, pedía alivio tan solo al cielo: era un Verdugo!

Heredero *forzoso* del cruel oficio de su padre, habíale dotado la naturaleza de un corazón compasivo, como si no le bastase la ignominia de aquel hombre, sino que su capricho se hubiese complacido en concederle la cruel sensibilidad que había de completar la miseria de su destino. Semejantes a los pequeños y escasos parches de cesped que verdean en la boca de un volcán antes que la lava destructora haya inundado todo el terreno, fueron los días de sus tiernos años. Pasaron como el rayo del Sol que, a través de la espesa tormenta, vuela sobre las colinas.—Pronto, muy pronto, hubo de adiestrarse en el arte de la matanza.

Pero ¡ah! dinos tú, que fuiste su único amigo en este suelo,

dinos la congoja y el dolor de su alma al escuchar la horrorosa sentencia que le obligaba a matar a su semejante! Pintónos la interna desesperación con que llevaba a sus labios trémulos la copa que, embotando con insana enbriaguez sus humanas sensaciones, le infundía el demente vigor de cometer un asesinato legal!—Bien lo viste en aquel infausto día, cuando beodo de angustia y de vino se enervaron sus desatentadas manos al empuñar al mortal torcedor, y al flaco esfuerzo dilatarse la muerte, cercando su horrísono zumbido igualmente al inmolador y a la víctima! Ministerio despiadado de la humana justicia, cuyas leyes no las dispensa la intención del hombre! A tu voz, es conducido el que pudo delinquir inocente a una dura cárcel. Por sus bóvedas retumba el eco del látigo cruel, mientras resuenan contra el pecho de la miserable víctima los golpes de su henchido corazón.

Pero aun en este momento le quedaba un consuelo, cual se traslucen los brillantes tintes del Arco-iris por la hendidura de las tempestuosas nubes. Confiaba en el cariño de su mujer, y que dentro de pocos días ella enjugaría sus lágrimas. ¡Infeliz! Ni aun este bien te dejó el cielo. Supo que esa mujer, que únicamente podía reanimar su aliento, había huído con otro!

Salió de la cárcel; pero ya para él todo era cárcel, desierto, muerte.

Aquel solo amigo, extrañó no verlo; fué a visitarlo y lo halló postrado ante la fuente del último consuelo. Pocos eran los latidos de su corazón quebrantado; pocos los instantes de su vida. Expiró en los brazos de su amigo; pero ya había brillado a sus ojos el ala del angel de las esperanzas!

[flo. 14 v.]

[fol. 16.] CONTESTACIÓN A UN ALEMÁN

QUE DECIA QUE «NI AUN LOS ALEMANES SABIAN APRECIAR DEBIDAMENTE AL DON QUIXOTE».

Ni tanto ni tan poco. Cuando los *Alemanes* han dicho «que les bastaba el *Don Quixote*, en el cual *Cervantes*, semejante a la naturaleza en su primavera, lozana de cantos y flores, ha depositado todos los sentimientos más dulces y tiernos de la humanidad, toda la serenidad, todo el sentido, todo el entendimiento de la más vasta

comprensión; que les bastaba este *Don Quixote*, y el sublime entusiasmo, el amor sagrado, del gran Luis de León, para admirar una Nación que los ha producido:» me parece que manifestándose tan entusiastas en la admiración que les causan estas obras, se demuestran también capaces de apreciar la inspiración que ha producido el *Don Quixote*.

No es el *Don Quixote*, por cierto, una obra satírica y antipatriótica como lo pretenden los franceses; ni una obra destructora de los principios caballerescos, como lo pregonan los ingleses; ni una obra meramente estéril y chistosa, como lo pronuncian algunos españoles del día: es una revelación hecha a *Cervantes* en algún momento sublime de su vida. ¿Cuál de los sentimientos más grandes del alma no se haya excitado con la lectura del *Don Quixote?* El carácter de esta noble víctima de un noble entusiasmo ¿no es de la más trágica belleza? La compasión que inspiran sus ridículas aventuras, contrastadas con la seriedad de su alma, ¿no es un amor, aquel amor que es el sello de la Divinidad en nosotros? Su desprendimiento, su verdad, su sencillez, unidas a un entendimiento superior, ¿no causan aquella admiración que es la facultad que recibimos del cielo para facilitarnos el camino de la perfección? Su generosidad, su confianza, su mansedumbre, ¿no enternecen como la imagen de la bondad infinita? y aun los extravíos de su razón ¿no nos conmueven como si viésemos la violencia de las olas arrastrar el decreto del Omnipotente, que les dijo: «Hasta aquí, y no más»?

El carácter de Don *Quixote*, a mi entender, es el principal mérito de esta obra; y este es el que los *Alemanes* saben apreciar. Y si bien no pueden juzgar de la naturalidad de las pinturas nacionales, del genio y giro de nuestro bello lenguaje, etc., conocen que esta producción, así como todo lo que es verdaderamente bello, no tiene objeto determinado al genio ni de utilidad ni de recreo, y que *semejante a la naturaleza en su primavera, lozana de cantos y flores*, una sobre abundancia de alma fué la que dió el ser a esta obra maestra.

Cadiz 20 Avril, 1817.

[fol 15 r]

[17] FRAGMENTO

[Nota de J. N. Böehl de Faber:] Das beste Stueck in dieser Sammlung und einer Uebersetzung werth.

...«Sí, señor, continué; mejor sería reimprimir el *Arauco domado* que *La Araucana.* (1) *La Araucana,* que por el número de sus ediciones y el abandono que se ha hecho de nuestros innumerables poemas épicos, disculpa la ignorancia de *Voltaire* en decir que es la única Epopeya que tienen los Españoles, sin duda porque es la única que cayó en sus manos. Vmd. debiera insinuar esta idea a la Academia, pues que, en efecto, no parece sino que accedemos ciega-

(1) (Es de notar que en los extractos del códice Viennense, n. 14792, sólo en los de «la Araucana» y del «Arauco domado», se hallan notas críticas que vamos a copiar. La mano que las escribió es la misma que ha escrito los ensayos de D.ª Francisca, y porque es la mano que escribió la carta a A. W. Schelegel, publicada por O. Walzel, Zeitschrift für die österreichischen Gymnasien 42 (1891) 103 ss. Cfr. J. Körner Neuere Sprachen 37 (1929) 53 ss, no es la de un amanuense, sino la de la mujer de D. J. Nicolás misma.)

La Araucana (fol. 251 r.) Pocos pensamientos poéticos se pueden extractar de esta historia, tan fielmente versificada, que su mismo autor nos dice:

«Va la verdad desnuda de artificio
Para que más segura pasar pueda.»

Y, en efecto, no veo que en toda ella se haya tomado más licencias su fantasía, sino la de haber transformado el lenguaje, bárbaramente poético de los salvajes, en la prosaica elocuencia de Colocolo y demás jefes Araucanos, que, cierto, son tan sensatos y comedidos como los nuestros. Por no faltar «a lo que más seguro pasar pueda», nos da por episodios la de San Quintín, la batalla de Lepanto, un curso de geografía hecho por un Mágico, la apología de Dido y los derechos de gentes y de dinastías, sin duda por no atreverse a poetizar ni a la interesante Jegualda, ni a la bella Glaura, ni a la ferozmente poética mujer de Caupolican.—Sea de esto lo que fuere, no me compete criticar, y sí me agrada infinito recrear mi imaginación en los siguientes extractos:

Arauco domado (fol. 273 r.) Comparación entre *la Araucana*, de don Alonso de Ercilla y *Arauco domado*, del licenciado Pedro de Oña. No me es dado juzgar de la propiedad del lenguaje, del mecanismo de los versos, de las reglas establecidas para las diferentes formas, argumentos, unidades, etc. etc., de los poemas, en fin, de nada de lo que cae bajo la jurisdicción de los Eruditos;—pero el campo más ancho de la naturaleza y de la imaginación está abierto a todas las almas que, sin cuidarse de leyes arbitrarias, de barreras inoportunas y de los peinados círculos del buen gusto, se agradan en las selvas agrestes, bajo cuyas *extendidas ramas crecen, al mismo* tiempo, espinas y abrojos con mirtos y rosas, llenando el ánimo de grandes imágenes y de infinita variedad. En este campo no me está vedado hacer mis correrías y coger las yerbas y flores que se le antojen a mi fantasía entre las quiebras de las peñas escabrosas que la mano primorosa del cultivo no ha nivelado.—Séame, pues, lícito, ya que antepongo mi selvática libertad, pronunciar decididamente que las dos historias rimadas que acabo de leer nada tienen de poético, si bien se aventaja la de Oña a la de Ercilla en sensibilidad e imaginación. Aquí, por fin, se canta una especie de Héroe, los caracteres están mejor sostenidos, los episodios son tiernos y se eslabonan al argumento; la aparición de Lantaro, la pastora Llarea con su perro, su profecía, etc., se acercan mucho a la verdadera poesía, (fol. 273 v.) las imágenes y las comparaciones son grandes y naturales.—Y, en fin, copiaré algunas frases que he señalado en una sola rápida lectura que hallo superiores a las de *la Araucana.* (Siguen copias de «Comparaciones», «Moralidades», «Descripciones», «Expresiones» o «Imágenes».)

mente a lo que dice este ingenuoso oráculo de la Ligereza, cuando admiramos esta historia versificada con exclusión de la buena y mucha poesía de que, en esta clase, abunda nuestra literatura».

Mi amigo me escuchaba con aquella indulgencia, hija del verdadero talento, y después de varios argumentos, nos separamos contentos uno del otro a pesar de la diferencia de nuestras opiniones.

Bullendo todas estas ideas en mi imaginación, me quedé dormida, y me hallé de repente transportada a la *Vega de Granada,* tan hermosamente diversificada por huertas, cármenes y árboles frondosos, y tan famosa por las heróicas hazañas que la inmortalizan. Una música aérea, cual si fuese el hálito de esos nobles recuerdos, me atrajo a un naranjal que llenaba el ambiente de su dulce perfume Un templo, cuya arquitectura participaba en agradable armonía de todos los órdenes, desde el elegante griego hasta el fantástico arabesco, descollaba su blanquísima cúpula entre la verde hojarasca de los naranjos, embutiéndola en el azul del cielo. Los invisibles ecos de la música me introdujeron con irresistible impulso adentro del Templo, cuya forma circular de bruñido mármol reflejaba su arrebolada claridad por todas partes. Una sola imagen del crucificado consagraba el altar. En su base vi recortado el *Genio de la España* dormido. Era un hermoso mancebo desnudo, sin más adorno que unas alas de bellísimos y variados tintes, caídas de medio que cubrían parte de su cuerpo. Sus cabellos rubios derramados en el brazo que sostenía a su cabeza, realzaban el bello colorido de su semblante. Apoyaba este brazo sobre un rimero de libros viejos, cuyos títulos y autores [fol. 15 v] dibujados en pergamino, ya casi había borrado el tiempo. Varios bustos y retratos yacían sin orden entre algunos de estos libros esparramados por el suelo. En la otra mano tenía una de las obras modernas más admiradas de nuestros días, soberbiamente encuadernada, y por estar sus hojas entreabiertas denotaba haberle acometido el sueño estándola leyendo.

Admirada del cuadro que se presentaba a mi vista y ansiosa de ver cuáles eran los libros e imágenes que la actitud del *Genio,* a pesar de estar dormido, parecía todavía proteger, me acerqué, y cuando más embebida estaba en descifrar los nombres de *Garcilaso, León, Herrera, Calderón, Lope, Cervantes,* etc., me sorprendió una música estrepitosa, cual nos ponderan los franceses el primer estruendo de su ópera, y volviendo los ojos hacia donde sonaba, vi al *Genio de*

la Francia que, desplegadas de uniforme y esplendente púrpura, bajaba de lo alto del Templo y se colocó a los pies del dormido genio. Su semblante severo e inmutable contrastaba estrañamente con sus formas aniñadas y sus ligeras y graciosas actitudes. Una corona de rosas adornaba sus cabellos negros. En una mano llevaba un cetro de hierro cubierto de oro y pedrerías, y en la otra un tomo de *Voltaire.* Una leve expresión de desprecio se notaba en sus ojos al dirigir, con voz estentórea, estas palabras al *Genio de la España.*

«¿Qué haces, *Genio* indolente, así durmiendo sobre esa muchedumbre de antiguallas, que si bien fueron admiradas en aquellos tiempos de ignorancia que las produjeron, sólo sirven, en estos días de ilustración, para documentar el adelantamiento de la mente humana y de correctivo al hervor de los genios que resisten las trabas que las reglas infalibles de la razón y del buen gusto, establecidas por mi alta inspiración en la república literaria, les imponen? despierta de tu prolongado letargo, y verás con asombro el atraso y abatimiento de la *España*, mientras contemples con admiración los progresos de las demás Naciones, sobre todo de la *Francia,* no quedando ya rastro alguno en ellas de aquellos tiempos bárbaros, en los que tu sueñas todavía. ¡Despierta y anímate! que aun de entre ese fárrago de insensateces, el grande *Voltaire* ha distinguido la *Araucana*, que si bien [fol 16 r] no la encumbró hasta donde lo han hecho los Españoles modernos, autorizados y estimulados por su aprobación, ha elogiado las bellezas retóricas que más se acercan a su propia índole, en elocuente discurso de *Colocolo,* y declarándola por la única Epopeya que poeseen los Españoles, se ha dignado admitirla entre las poesías clásicas. ¡Despierta, pues, oh *Genio* inerte y anima tu Nación! Vuélvase a reimprimir la *Araucana* bajo tus auspicios, para que, olvidando todas las demás idolatrías antiguas sus nuevas creaciones se amolden sobre aquélla, y que imitando los excelentes modelos que yo he dado, progrese a la perfección».

Dijo. Pero en vano.--Nuestro genio no despertó. Y yo, atolondrada con el tono didáctico del *Genio de la Francia*, casi llegué a temer que aquel sueño, que no había interrumpido su ruidosísima música y elocuencia, era un sueño eterno, cuando percibiendo un suavísimo olor de violetas me volví, y vi venir con paso mudo y grave, por el lado opuesto, al *Genio de la Alemania.* Representaba un joven en extremo parecido al *Genio de la España.* Sus alas eran

de los mismos colores, si bien las tenía alzadas y brillantísimas. Una expresión de dulzura atemperaba el fuego de inteligencia que centelleaba en sus bellos ojos azules. Una corona de violetas, entretejidas con hojas de encina, ceñía su noble frente. Nada traía en las manos.—Al llegar al rimero donde posaba la cabeza del *Genio de España* se paró a considerarlo con una impresión de respeto y ternura que daba un resplandor celestial a su rostro. Después de haberlo contemplado algunos momentos en silencio, se fué hacia los libros, y, con una rodilla en tierra, quiso examinarlos sacándolos de su lugar. No se lanza con más velocidad al hierro conductor el rayo desprendido del Cielo, rompiendo y disipando los densos nublados que lo contenían, que fué pronto en despertar el *Genio de la España* al leve movimiento que hizo entre los libros el *Genio germánico*. Cual nos pintan el hermoso y suelto *Apolo* en lo alto del *Parnaso,* cubierto de luz y destellándola en sus derredores, tal me pareció cuando, al levantarse, quedó parado a la vista de los dos *Genios* [fol. 16 v.] que, en distintas formas, se le presentaban. Miró con una benévola sonrisa la ligera y elegante actitud del *Genio de la Francia*; pero un impulso irresistible le llevó hacia el *Genio de la Alemania*, y poniéndose en la misma postura que éste, con vista más que de águila, iba entresacando y distinguiendo entre la muchedumbre las obras que juzgaba más dignas de su atención, y se las presentaba derramado el sonroseo del placer en su semblante. El *Genio de la Alemania*, sorprendido de su juvenil belleza, y atónito al ver el número de producciones que llevaban su exquisito sello, prorrumpió con estas voces: «¡Oh *Genio* admirable! ¿Cuál es la causa que tanto te desconozca y desatienda tu Nación, cuando en distantes regiones la Musa Germánica hace resonar el eco de tus glorias? ¿Será que el *Genio de la Francia,* voltejeando en tu atmósfera, haya abrumado tus lozanías, así como en algún tiempo ligó mis alas? ¿Qué se ha hecho de los bríos de aquella gente de quien cantó un tu poeta:

«Teme a Español, que todas las naciones
Hablan de sí, y al Español prefieren;
Español tiene en obras las razones;
Todos grandezas del Español refieren;
Español vence en todas ocasiones,
Todos del Español defensa quieren;
El Español no envidia, y de mil modos
Es envidiado el Español de todos?

LOPE DE VEGA.

El *Genio de la España*, al oir estas palabras, inclinó la noble frente, y tomando en sus manos *La Jerusalem* de *Lope*, señalando la página, con voz quebrantada, dijo: «¡Oh, buen *Genio de la Alemania!* ¿Y no cantó también el mismo poeta:

Y que el que nace en Persia o en Numidia
Ese celebra España y encarece;
Los propios no permite que se alaben,
Que sólo piensa que Extranjeros saben...?

[fol. 17 r.] «Este es el escollo en que yo hubiera perecido para siempre, a no haberme guarecido en este Templo dedicado a viejas remembranzas. Aquí duermo en soledad, sin que pueda despertarme el vano bullicio del *Genio de la Francia*, ni la lectura de las obras que su inspiración produce, hoy día, en España; alguna que otra Musa moderna se ha acordado de mí y me ha invocado en ciertos momentos felices; pero tropezando con las reglas y mandamientos de la escuela francesa, pronto me ha abandonado con timidez y cobardía. Sólo tú, ¡oh, *Genio* benévolo y verdaderamente comprensivo! Sólo tú, has llegado a examinar este tesoro, cuyo guardián soy. Vino el *Genio de la Francia* y dijo que la *Araucana* era la única Epopeya que poseía la *España*, y la *España* hizo de ella varias hermosas impresiones, y aún piensa hacer otra, sin advertir que entre sus muchos poemas épicos yace en el polvo uno, sobre el mismo asunto, que lleva mi marca más impresa que la *Araucana*.»

Al oir estas razones el *Genio de la Francia*, que había estado suspenso observando la repentina intimidad entre los dos *Genios*, se llegó a ellos retozándole la risa de la soflama en los labios, y preguntó cual era ese famoso poema que le era desconocido: El *Genio de la Alemania* le presentó inmediatamente el *Arauco domado* [nota] (del Licenciado Oña).

«¿Y así acabó el sueño?» preguntó mi amigo cuando se lo referí. «Todavía no, le contesté; pero las ideas han quedado tan incoherentes e indistintas en mi cerebro, que no me es fácil de coordinarlas. Yo vi huir el *Genio de la Francia* y abrazarse cordialmente el de la *Alemania* y el de *España*; vi batallas, justas y torneos entre el brillo de las armas, divisas y plumajes de *Moros* y *Cristianos*; vi a través de una tupida neblina la gloriosa desgracia de *Trafalgar*; vi los pendones del [fol. 17 v.] «tirano que, con traición,

tremolaban en los fuertes de la España, derribados a los pies de los indomables Españoles; vi al *Genio de la España* declamar con gloria la *Profecia del Pireneo* [nota;] (del caballero Arriaza) y, finalmente, vi el Templo transformado en una magnífica biblioteca nacional, compuesta de todas las buenas obras antiguas reimpresas y hermosamente encuadernadas. Allí *el Arauco domado* ocupaba un lugar distinguido entre numerosas Epopeyas. Allí, junto a *Garcilaso y León*, vi una bandada de líricos cuyos nombres apenas conocía; y *Calderón* y *Lope* se hallaban en compañía de tan innumerables émulos y competidores que, desvaneciéndoseme la vista, la visión y el sueño, se me fueron juntamente.»

Cádiz, 16 agosto 1817.

[fol. 19 r]

[18.] LA RAZÓN Y EL SENTIMIENTO

[Nota de J. N. B. d. F.] Vorzüglich

Diálogo entre una Dama, un Filósofo y un Labrador.
(Dama y Filósofo sentados en la orilla del Genil).

FILÓSOFO.—¡Qué bello clima! ¡y cómo sufre el corazón benéfico al ver desperdiciados sus influjos y la fertilidad de este suelo inculto por la inercia de sus habitantes! ¡Qué ignorancia la nuestra! ¡Qué atrasados vivimos! y lo peor es que no lo queremos conocer y por consiguiente nada se enmienda. ¡Ah! ¡Si Napoleón no lo hubiese errado, qué otra sería la suerte de la España!

DAMA—¿Cómo respirando a la par los aromas y los recuerdos de estas gloriosas orillas, podéis pensar en la industria humana y en Napoleón?... por Dios, que no creo seais Español!

FILÓSOFO.—¡Ah, señora! Porque lo soy es porque me duele el atraso y abatamiento en que está nuestra Nación, y en el que siempre ha estado, por más que hayan querido ensalzar nuestros tiempos antiguos cuatro proclamistas que, en bien limadas frases, han arrancado algunos tontos de su envejecida pereza y han confirmado a otros en sus hábitos vagabundos, haciéndoles tomar las armas para sostener a los mandones en esta llamada revolución nuestra.

DAMA.—¿Y así, ni aun concedeis el patriotismo a nuestra Nación?

FILÓSOFO.—¡Patriotismo! ¿Y qué es patriotismo? Desengañaos,

señora; no puede haber patriotismo virtuoso. El hombre *filantrópico* y *liberal* es cosmopolita; dos únicamente son las Naciones que reconoce en el universo: los hombres de bien y los pícaros. Todo lo demás es un egoísmo encubierto que a fuerza de patriotismo tiraniza la humanidad.

DAMA.—Doy gracias al Cielo de no ser filantrópica ni liberal para conservar lo que tengo de *Española*.

FILÓSOFO.—Acabais de vituperar muy de veras a los *Españoles*, pues que para ser *Español* es preciso ser egoísta y servir

DAMA.—Si para ser filantrópica y liberal he de echar en olvido las hazañas esforzadas de mi Patria, sus heroicos sufrimientos, su indo-[fol. 19 v.] mable carácter, su nobleza y lealtad, y confundirla con la Nación que baja y traidoramente la vino a degradar, embargando el espontáneo sentimiento del alma con la reflexión de que en esta Nación cabe que haya tanto número de hombres de bien como en la mía, ¿no será esto ser cruel e injusta a ley de filantrópica y liberal?

FILÓSOFO.—No negaré que el *Español* sea sufrido. ¡Ah! La miseria de su país le acostumbra muy temprano a las privaciones, y su sobriedad es el efecto de una causa humillante para la Nación. Mucho se habla de características nacionales. Señora, la situación en que se halla el hombre es el molde en que se forma su carácter. Las sensaciones son las mismas en todos; pero los objetos que las producen son diferentes, y estas diferencias son las que, influyendo en las costumbres, han inducido a creer que había carácter nacional, cuando hay sólo hábitos nacionales.

DAMA.—El corazón me helais con esas pocas palabras que, a mi entender, están preñadas de cuanto puede deslucir la naturaleza y abatir el alma. Pues qué, ¿sólo a las costumbres o a las sensaciones que producen los objetos que me rodean deberé los sentimientos gloriosos que elevan mi espíritu al recordar acciones virtuosas, el noble desprendimiento, el amor y todas las generosidades del corazón humano? ¿He de creer que todo lo debo a los sentidos, cuando percibo en mi alma el tipo de lo más hermoso que ellos me presentan...? No ya extraño respireis con frialdad los aromas de estas orillas empapados en nobles recuerdos, pues no teneis alma que los salga al encuentro!

FILÓSOFO.—¡Qué duro es el deber de la razón y de la filosofía

cuando tiene que desencantar el edificio de las imaginaciones brillantes, y herir con la verdad las ilusiones de la fantasía! Sobre todo cuando en la boca y en los ojos de la hermosura adquieren un imperio tan seductor...! Pero, señora; sin entrar en argumentos que os aburrirían, despojemos un instante el cuadro del patriotismo Español del ardiente colorido con que lo habeis delineado y veámosle con su luz pura. ¿A dónde están esas virtudes que [fol. 20 r.] llamais hazañas esforzadas, heroicos sufrimientos, indomable carácter, nobleza, lealtad, etc.? ¿Es en haber huído del enemigo, siempre que éste ha sido superior en fuerzas? ¿Es en haber comido bellotas en vez de gazpacho? ¿Es en el *no importa* de su crasa ignorancia? ¿en el asesinato de los indefensos? ¿en aclamar a Fernando séptimo o a Napoleón, según eran vencidos o creían vencer? Es muy dura, lo vuelvo a decir, la tarea de la filosofía cuando tiene que descorrer el telón y manifestar los viles resortes que mueven al hombre siempre que la razón ilustrada no guía su conducta. Ahora bien, decidme: ¿cuál es la diferencia entre las huestes francesas y los patriotas *Españoles,* sino la superior táctica de aquellos, fruto de sus *costumbres* guerreadoras?

DAMA.—Esto habeis creído ver ¿y no habeis muerto de dolor? Con sólo escucharos me refluye la sangre al corazón y...

(Sale un labrador de un bosquecito de adelfas, con un ramo de estas flores en la mano, y al presentarlas a la dama, la dice:)

LABRADOR.—Columbré por aquí unas enaguas, y les traigo estas florecillas, que yo nunca dejo de regalar a las señoras mujeres, siempre que puedo.

DAMA.—Las agradezco, buen amigo. Son hermosas y visten bien estas campiñas.

LABRADOR.—Otras veces había más de ellas; pero desde que entraron los Franceses hasta las flores huyeron.

DAMA.—Pero no huyeron los hombres.

LABRADOR.—¿Qué es huir los hombres? No, no, Señora. El *Español* no huye. Soy viejo, y aunque avisado por mis canas de que ya pasaron mis bríos, tampoco he huído, y no he dejado de hacer mis servicios.

DAMA.—¿Y qué servicio habeis hecho?

LABRADOR.—Yo era rico: tenía tres hijos que eran la honra de mis años; todo lo he dado a la Patria, y he recibido algunas he-

ridas (descubriendo el pecho) defendiendo a los viejos, mujeres y niños que quedaban en mi pueblo. Pero todo lo doy por bien empleado, (enjugándose los ojos) por haber visto a la *España* libre de esos malditos franceses.

[fol. 20 v.] DAMA (enternecida).—¿Y murieron vuestros hijos?

LABRADOR.—Uno mataron en *Zaragoza*, otro fué degollado en *Medellín*, y el otro hicieron prisionero y fusilaron en camino porque sus fuerzas le faltaron para seguir el paso de los que le conducían a *Francia*.

FILÓSOFO.—Pero os habreis vengado dando de puñaladas a cuantos franceses indefensos han caído en vuestras manos?

LABRADOR.—No. Antes, al contrario, he amparado algunos que se hallaban en peligro. Me acuerdo ahora (volviéndose a enjugar los ojos y riéndose a carcajadas) de un oficial francés que, habiéndosele escabullido el guía a favor de la oscuridad de la noche, llegó solo a pedirme un caballo, a tiempo que dormían en mi cuadra más de cuarenta de nuestros valientes armados. Yo le dí un caballo, pero el señorito quería otro mejor. Yo que no se lo había de dar y que tampoco quería que a nuestras voces despertaran los de la cuadra, le hice una seña que callase y lo llevé a la puerta para que los viese. (Nota: Véase la verdad de este hecho en las memorias de Mr. Rocca, oficial francés). ¡Válgame Dios, y qué cara que puso! ¡y qué pronto brincó sobre el caballo que yo le daba, y cómo, más que correr, volaba por ese camino! era para ver. Yo me quedé riéndome como unas sonajas.

DAMA.—(Al Filósofo de un tono irónico.) Este nombre, sin duda, será de los ilustrados.

FILÓSOFO.—Hicisteis bien, amigo. Ese oficial alguna vez podría pagaros en la misma moneda si por desgracia os hubierais hallado en circunstancias de igual peligro. ¡Es tan verdad que la virtud siempre es el verdadero interés del hombre!

LABRADOR.—¡Oh, no Señor! no pensé yo en eso entonces; porque (como le dije una vez a un coronel *francés* que me quería infundir el librito de doctrina con que embaucaban a los bobos, acabando siempre por ponderar el número de sus fuerzas y la insuficiencia de los nuestros para resistirlos) ¿No estuvimos 800 años para rechazar a los moros, y al fin no los rechazamos? (Nota: El mismo coronel francés refirió esta respuesta a quien la escribe aquí). Pues con esta fe nunca temí ni esperé nada de los *franceses*.

DAMA.—¿Y os han hecho personalmente algún daño? [fol 21 r.]

LABRADOR.—Algunos sustillos me dieron, que ya casi tengo olvidados. Aunque me acuerdo de uno por tenerle que agradecer a una señora española (y que lo era mucho) que me sacó de él. Dos mozuelos de mi pueblo emborracharon a los dragones que estaban alojados en mi casa, y cuando los tuvieron dormidos se escaparon con sus armas y caballos. Por la mañana los dragones dieron parte al Comandante de la Plaza, que nos hizo comparecer a mi pobre mujer y a mí para que les dijésemos quiénes eran los del robo, amenazándonos de quedar en la cárcel hasta delatarlos. Mi mujer y yo convinimos en callar sus nombres, pues ambos tenían familias numerosas en el pueblo que pagarían el pato, y nosotros éramos dos pobres viejos que ya para nada servíamos en el mundo. (Nota: Anécdota verdadera; testigo quien la describe aquí). Y en verdad que hubiéramos quedado para siempre en la cárcel, a no ser por esa señora que nos vino a ver; y se condolió tanto al vernos, que no paró hasta lograr del general que nos pusiesen en la calle. (La dama deja caer su cabeza sobre las flores que tiene en la mano para ocultar su enternecimiento; y el filósofo, dándole algunos cigarros, le dice al labrador).

FILÓSOFO.—Sois un buen hombre. Ojalá que hubiera muchos que se os parecieran! Pero desgraciadamente, esta ha sido una época de odios y de venganzas que ofrece pocas virtudes como las vuestras.

LABRADOR.—¡Oh, señor! Lo que yo he hecho nada ha sido con lo que han hecho otros muchos. Y si hubierais corrido el país durante esta guerra, hubierais visto cosas que parecen cosas de aquellos romances viejos que cantamos acá los pobres, y que yo tenía por mentirosas, hasta que he visto que los *Españoles* de hogaño son los mismos que los *Españoles* de antaño. Pero no quiero cansaros más con mis rustiquezas, ni tampoco quiero acordarme de estas cosas, porque me acuerdo de mis hijos... ¡Pobrecillo Pepe! Que quizás hubiera llegado a ser alguien en el mundo, pues su General le había cobrado mucha afición desde que en un día de batalla le presentó una bandera enemiga, y no quiso admitir premio alguno, porque, como él dijo, no fué él el que la ganó, sino un compañero suyo que se la entregó al expirar; y aunque éste ya era muerto, no quiso mi hijo vestirse con los

[fol. 21 v.] despojos de este valiente (nota: Anécdota verdadera). Esto le cayó en gracia al general que, desde aquel día, no permitió separarse de él, y lo llevaba siempre consigo. ¡Y mi *Manuel!* que defendió su bandera contra seis franceses, arrimándola a un árbol y cubriéndola con su cuerpo hasta que cayó muerto a sablazos. (Nota: Anécdota verdadera). Pero el que más lloro acá, dentro del corazón, es mi pobre *Juanillo*, que apenas tenía 16 años y me lo fusilaron esas fieras! (Nota: Solían los franceses fusilar ferozmente a aquellos cuya tierna edad o falta de fuerza hacían que desmayasen cuando los conducían a Francia). ...Pero quedaos a Dios que cuando hablo de estas cosas no se cuando acabar... (vase llorando).

DAMA.—Y bien, ¿son estos los españoles cobardes, embrutecidos, asesinos, interesados, etc?

FILÓSOFO.—Señora, una golondrina no hace verano. Vemos que la misma Naturaleza suele alguna vez salir del curso ordinario de sus facultades y producir fenómenos, y no por eso nos dejamos de fiar en sus reglas infalibles; del mismo modo, aunque el uno u otro hombre sea virtuoso sin la ilustración, no podemos dejar de reconocer las indubitables ventajas de la ilustración.

DAMA.—Lo que yo alcanzo y reconozco es que, en efecto, los españoles son unos fenómenos. Pues ¿qué nación, qué suelo, qué clima ha producido jamás un conjunto de tan hermosas cualidades como las que vemos en el pueblo español? Religioso sin superstición, valiente sin jactancia, sufrido sin apatía, humilde sin bajeza, orgulloso sin vanidad, sobrio, honrado, generoso, poético...

FILÓSOFO (interrumpiéndola).—¿A dónde camina ese entusiasmo, atropellando palabras sin reflexiones en el sentido que la razón jamás les dará? El pueblo español sin supersticiones? ¿Pues hay otro que las tenga de mayor tamaño? Díganlo las efigies que adora y que castiga cuando no alcanza lo que las pide; díganlo las reliquias, los escapularios, los milagritos colgados en los altares, los amuletos contra lo que llaman mal de ojos, los...

DAMA (interrupiéndole a su vez)—Y díganlo en otros países las brujas, las estantiguas, la nigromancia, los agüeros de todas clases; sobre todo dígalo la ilustre *Inglaterra* que acaba de ofrecer holocaustos a una vieja de setenta años que se dijo preñada del segundo *Mesías*, y de creer a un fanático metodista, cuando predijo que el mar iba a tragarse uno de sus puertos, *(Brigthon)* ocasionando

así la emigración y ruina de varias familias. Compárense estas mortíferas supersticiones a aquellos borbollones del [fol. 22 r.] alma que, si bien no son la esencia de la Religión, son, al menos, tan inofensivas como consoladoras. Y en fin, lo que llamais superstición en *España*, llamo yo la irresistible poesía de la imaginación del alma.

FILÓSOFO.—Es tan amable el fuego con que procurais divinizar nuestra patria, que no quisiera quitaros tan halagüeñas ilusiones, si no se creyera capaz de miras mas filosóficas y mas útiles.

DAMA.—¡Útiles! y pregunto a mi vez: ¿Qué es la utilidad? *Desengañaos, señor mío; no puede haber utilidad hermosa.* Todo lo inútil, las flores, el canto del ruiseñor, el vago rumor de la selva, todas las fragrancias, todos los colores, todas las músicas, las bellas artes, en fin todo aquello cuyo objeto es tan desconocido como indeterminado, es lo verdaderamente hermoso. Y no parece sino que la misma Naturaleza, celosa de su exclusiva magia, retira todos sus encantos de las cosas de la industria del hombre. En fin, la inutilidad es tan noble hija del alma que no me atrevo a vituperar el ocio por miedo de confundir la causa con el efecto.

FILÓSOFO.—¿Y por qué no enumerais entre las bellezas de la inutilidad y del ocio, la miseria, la ignorancia, la depravación y la infelicidad de los pueblos que no son industrtosos? Contened un instante ese entusiasmo que os hace traspasar los límites de la realidad, y decidme si hallais alguna hermosura en esos grupos de *Españoles*, embozados en sus capas, soleándose innobles, olvidados de las obligaciones de hombres.

DAMA.—Os diré, muy al oído, que yo hallo esos grupos bastante pintorescos; pues la uniformidad de su ropaje y la pausa en sus movimientos contrastan admirablemente con la expresión de su semblante, la viveza de sus ojos y con su lenguaje lleno de imágenes y poesía. Pero considerándolos más razonablemente diré, que ese generoso descuido de ganar plata, si bien les condena a la pobreza, les infunde aquella independencia que es tan exclusivamente del pueblo *Español* y que les da un señorío sobre todas las circunstancias de la vida. [fol. 22 v.] Es muy ponderada la miseria de la *España*. Y por lo que es la ignorancia y la depravación, he visto infinitamente más en pueblos que su Dios es el dinero, y, por consiguiente, son industriosos; pues consiste todo su saber en las sutilezas del interés, cuya legítima prole es todo género de depravación.

FILÓSOFO.—Si la poesía consiste en dar vida a lo muerto, hermosura a lo disforme y atavíos al desaliño, sois, en verdad, poeta por excelencia. Pero no tratemos de poetizar, sino de ver las cosas como son y como debieran ser. Si el Gobierno, que es la primera educación de los pueblos, tuviera la suficiente energía para arrancar de raiz nuestras largas preocupaciones, propagar las luces y dar estímulos a la industria, entonces sí que los *Españoles* podrían llegar a ser, en algún tanto, lo que son ahora únicamente en vuestra imaginación.

DAMA.—No lo pienso yo así, por más que me llameis poeta, visionaria, fantástica, etc., y todos los demás títulos que los entes de la razón dan a las criaturas del sentimiento, sin duda porque no las comprenden. Porque si no hay cosa más fácil que sólo creer en lo que se ve, que conocer cuanto más medra en este mundo el que más sabe, y percibir que el bienestar físico ha de ser fruto del dinero; no lo es tanto presentir la ruindad de estos bienes en comparación de los fines más altos de nuestra existencia. Y si los *Españoles* tienen por instinto lo que en las almas contemplativas suele ser el fruto de las profundas meditaciones, ¿será un bien destruir este instinto del cielo con el estudio de las industrias de la tierra?

FILÓSOFO.—No tratemos, señora, de mística, porque en esta parte os rindo las armas; no la entiendo, ni tampoco están los tiempos para hablar con la libertad que es tan natural derecho del hombre...

DAMA.—Así sois que os llamais filósofos. Todo lo que sale de la esfera material de la vida dominais mística [fol. 23 r.] y para vosotros, tan aclamadores de la libertad material, tratar de la independencia del alma es locura, o por otro nombre, mística. Quereis aherrojar el vuelo del espíritu, mientras que llamais exclavitud lo que sólo reprime las acciones y las palabras que pueden perjudicar el orden social establecido. Pero vámonos, que ya nos va cubriendo el Sol. Ved como sus últimos rayos salpican de oro estas ondas apenas movidas por el airecillo de la tarde. Ya se oye el último arrullo de los pájaros; y el tañido de los distantes cencerros se confunde con la voz del pastor que, cantando su romance, conduce el rebaño al redil. Pronto todo callará en la Naturaleza. Y estas dulces imágenes que tanto sosiegan los sentidos ¿no nos inculcan

enfáticamente el olvido de los pequeños intereses de esta vida fugitiva...? (vánse).

Puerto de Santa María 1.° de febrero 1817.

[fol. 23 v.]

[19] ALGUNOS RECUERDOS DE MI PATRIA

EXTRACTADOS DE MI VIAJE POR INGLATERRA

Plymouth 22 junio 1812.—El cochero nos llevó por donde quiso, y nos hizo cruzar un riachuelo en una barca que conduce a la hacienda de Lord *Boorengdon,* llamada *Saltram.* Atravesamos este precioso sitio por un lindo bosque, cortado de trecho en trecho por parches del césped, tan peculiar a este país, y variado por frecuentes y distintas vistas del mar. Ganado de toda especie cubría los campos en sus derredores. Admirando este lujo de la industria del hombre ¡con qué ternura recordaba mi corazón la Naturaleza que tan espontáneamente vierte sus escogidas bellezas en las agrestes montañas y rudas campiñas de mi Patria! Aquí no se veía el acopado naranjo ostentando a la par sus flores y frutos, ni el oscuro olivo contrastando con la alegre y brillante adelfa, ni el gallardo laurel sombreando el delicado mirto, ni las innumerables yerbas aromáticas que exhalan sus dulzuras en el aire, siempre puro, de una atmósfera de calor y vida, atmósfera de la imaginación y del genio!

Estos campos del Norte en vano procuran ocultar su grande objeto: la *utilidad.* Donde no se ven los surcos del arado, se admira el verde afelpado de sus pastos y los avellanos, nísperos y demás arbustos que tan ricamente los vallan; sus arroyos guarnecidos de sauces, llorones y acacias: y el frescor de sus bellos bosques de hayas, etc. En fin, en todo se percibe el gran arte de sacar provecho de la parquedad con que los ha tratado la Naturaleza, siempre hermosa, aunque sin sus galas y perfumes. A las doce del día de verano no interrumpe el silencio de estas sombras el susurro de la abeja libando las flores del tomillo, ni despliega en los rayos del sol la festiva mariposa sus alitas de mil colores, ni se oye sonar trémulo de placer el cigarrón; no se ve al buey «más que tendido, derramado;» (Conde de la Granja) olvidarse del pasto en blando reposo. Aquí el ganado pace, el hombre trabaja, y los entes preciosos

e inútiles de la creación [fol. 24 v] huyen del ruido material del bien arreglado círculo de la industria humana... Industria humana! Progreso de las luces! Sobre cuántas ruinas estableceis vuestro dominio!... Campos de mi Patria! Campos alguna vez de la ignorancia y de la libertad! Qué de horrores han manchado vuestro suelo inocente con el nombre de luces de civilización! ¡Qué habían menester vuestros hijos del frío compás del interés social, cuando les bastaba la rectitud de sus corazones y la sobriedad de sus costumbres!... Quiso el conquistador amaestrarlos en los crímenes para hacerlos esclavos, y encumbrar su nombre con la forzada industria de los que tienen que precaberse del hambre y de la rapiña...; pero será vana la gloria. ¿Qué pueden las armas ni los ardides de la ambición contra un pueblo que la sobriedad ha endurecido, cuyo amor a su Religión y antiguas costumbres es invulnerable... Pueblo valiente como sencillo, a quien caracteriza un sentimiento innato de justicia?...

[fol. 24 r.]

20] EXTRACTOS DE MI VIAJE A ARCOS DE LA FRONTERA

Cartas desde Arcos 10 - 22 julio 1820.

Describe el viaje que hizo con sus hijas, excepto de Cecilia, por Peñuelas a Arcos; describe la ciudad y sus alrededores y los habitantes, y se entusiasma por su festiva imaginación.

¿Qué te parece de un pueblo que establece el honor de su familia pasada y futura y la limpieza de su sangre en la honradez? ¿Qué más ilustración que esta? ¡Oh! Nunca pase la nueva ilustración por los vericuetos que pasamos antes de ayer! Quede siempre esta buenísima gente en su bendita ignorancia, en su santo orgullo!

[fol. 25 r.]

El paisaje excita una tierna melancolía. [fol. 26 v.]

[fol. 27 r.] Yo tuve gran conversación con mi borriquero. Estoy bien cierta que los ilustrados artesanos de Cádiz, tan impuestos en los *nuevos derechos del hombre*, no lo están tanto de sus obligaciones como este buen lugareño; y no sólo esto, sino que hasta su mismo lenguaje era hermoso y castizo español... Después hablamos de política. Qué reflexiones hizo el bueno del hombre

sobre el gobierno de uno sólo, comparando las Naciones a familias, sobre la autoridad que dimana y está decretada por Dios, etc...; vamos, si quisiera repetirte cuanto dijo, creerías que estaba poniendo las ideas de Bonald, La Mennais, Chateaubriand, Ferrand, [Antonio Fr. Cl. 1751-1825], etc., en lenguaje vulgar; tan verdad es que lo sublime de los conocimientos del hombre viene a parar en aquel pequeño código en que se halla todo el evangelio! A nuestra vuelta, estas sonoras campanas repicaban la jura de la Constitución!

17. Antes de anoche mandó el Ayuntamiento se iluminase el pueblo por tres noches consecutivas, y en la plaza hubo música y fuegos. Ayer Te Deum, sermón (en el cual comparó el predicador a *Riego, Quiroga*, etc., con Judith) y toros.

...Enfrente del señor Zapata (donde estaba alojado y fué arrestado el general *Callejas* por *Riego)* pusieron un arco triunfal con esta leyenda: «*Aquí se derrocó al despotismo primer paso a la libertad por el inmortal Riego*». Nada de esto, como te lo puedes figurar, he visto... [fol. 27 v.].

18. He recibido la carta de Cecilia.—Yo no creía que en Hamburgo estaban tan poco esclarecidos (digo de la verdadera claridad), pero ya veo que sus luces son iguales a las de nuestros semisabios Españoles.—Aténgome a mis Arqueños y a Bonald, Fievée [José (1767-1829)] [fol. 28 v.]

Tenemos una vecina que dudo haya en las sociedades de mundo Señora que tenga mejores modales; ella es quien me impone en las cosas del pueblo.—Quisiera la oyeras sobre el letrero en loor de Riego, qué reflexiones tan justas sobre la insurrección y el consiguiente arresto de los beneméritos generales, etc.—Será porque abunda en mi sentir, pero ello es que a mi me parece cuanto dice cosas de mucho entendimiento. Aquí no son amantes de la Constitución; la sufren porque sufrirán cuanto quiera el Rey mandarles; y no creas que esto sea por innata indiferencia o crasa ignorancia. ¡Si los oyeras raciocinar! Uno me dijo el otro día: Señora, los franceses fueron una grande lección para nosotros; nos patentizaron que Dios puede más que pueblos y ejércitos; él nos libertó entonces milagrosamente; él nos libertará siempre, porque los Españoles nunca hemos dejado su ley, y esto le obliga a detendernos, etc.»

¿Qué te parece? ¿Es tanta ignorancia hacer de la experiencia

de los males motivo de aumentar la fe, la esperanza y la caridad? Con semejantes pensamientos es imposible la revolución en España...

[fol. 28 v.] No le he dado pormenores del *primer paso a la libertad por el inmortal Riego.* El *Conde de Calderón* estaba alojado en casa de Zapata. Llegaron los restauradores, en dos batallones, a las tres de la madrugada [1. 1. 1820] de las *Cabezas de San Juan.* La guardia del general se componía de unos veinte hermosos granaderos de Guías, que estaban descuidados como quien reposa en su patria; sorprendidos por el primer *paso a la libertad,* que fué matar a tres de ellos y herir a once, la resistencia fué imposible. El general se levantó al estrépito de la *libertad,* salió en camisa con espada en mano; lo cercaron, y aunque el primer impulso de su noble sangre fué resistir, tuvo que ceder a la fuerza, sin abandonar, empero, su acero. Lo llevaron en [fol. 29 r.] aquella hora preso a un cortijo desviado del pueblo; a la noche lo hicieron volver y lo encarcelaron, con los demás jefes que no quisieron tomar partido con estos rebeldes, en el Castillo, donde no sólo faltaban muebles, cama o abrigo alguno (era en los primeros días de enero), sino que no se los proporcionaron en los tres días que permanecieron presos, y la pobre casera tuvo que darles sus sillas y una mesa para que pudiesen sentarse y escribir. La casera del Castillo fué la que contó el arresto de los generales en 1.° de enero de 1820 (cfr. fol. 25 v.). Todos los jefes y la oficialidad que no quisieron revelarse estuvieron también presos en el Castillo. Esto duró tres días; el cuarto los llevaron a la *Isla* con toda la columna, que fué cuando pasaron por *el puerto* y tuvimos el grandísimo honor de presenciar su entrada. Una compañía entera de soldados se fugó antes de entrar en *el Puerto;* innumerables quedaron aquí escondidos cuando la partida; todos fueron a reunirse a *Sevilla.* Enternece oir hablar a estos habitantes de sus alojados; hubo soldado que en los tres días no probó bocado; lloraban como niños y juraban que jamás perjurarían sus banderas y su Rey...; y estos determinados, valientes y entusiasmados guerreros realistas, bajaron la cabeza y juraron la Constitución, así que se convencieron que su Rey lo mandaba. La junta gubernativa tiene razón cuando dice, en su bello discurso, al pueblo Español que «se le vio (el pueblo) después de seis años de la lucha más heróica, dejarse vencer del

exceso mismo de su lealtad». Así fué, así es y así será siempre, mal que le pese a todos los jacobinos del mundo. En *España*, la libertad tiene que ligarse a la autoridad real, al legítimo Monarca, para hacer su nombre siquiera soportable; y así es que, si bien es de temer que los escritos de la charlatana filosofía puedan lentamente ir minando este generoso carácter nacional, la revolución no es de temer para la *España* por ahora; hay la misma alternativa que cuando los Moros, cuando los Franceses y cuando las Cortes en 1814. *¡El Rey de España!* Y por el *Rey* todo lo que se quiera. [fol 29 v.] A mi ver es más despótico *Fernando setimo* en el día que lo era, hace un año; más dueño de los corazones y obediencia de la Nación; tenga cuidado el congreso; toda su autoridad dimana del Rey. Este es el verdadero Estado de la España; y si bien el pueblo Español es un rebaño de ovejas a la voz de su pastor, es un ejército de Leones al mandato de su soberano.

[Termina con un episodio semejante a «El Religioso franciscano», de Sterne, (1) que traduce, y cita de Bonald «que acabo de leer», lo que dice de España. (2)]

[21] EXTRACTOS DE CARTAS DESDE CHICLANA EN ANDALUCIA, A GORSLOW EN MECKLENBOURG

[fol. 33 r. Bayona 16-5-1806. Pancuervo 20-5-1806. Breves descripciones del paisaje].

Hemos caminado ya treinta leguas en España (este país del despotismo, inquisición, esclavitud, etc.) sin que nos hayan pedido una sola vez nuestros pasaportes; mientras que en Francia (la nación grande y liberal) nos han vejado cada dos leguas para cerciorarse que no éramos conspiradores contra su *benéfico* gobierno.

[fol. 33 v. Burgos 21-5. Visita el S. Cristo de S. Agustín; Bavon de Segovia, 22-5; Buitrago 24-5; Alcovendas 25-5; Madrid 28-5; fol. 34 r. 29-5; 31-5]. Ayer fuimos, a la noche, al teatro, que por ser día de gala lo hubo... La Rita Luna es la mejor actriz que he visto, sin exceptuar Mrs. Siddons, Mayquez es una mala colia de Talma; no me gusta él y ni su mujer.

---

(1) Sterne, A sentimental Journe through France and Italy, Londón 1794 pp. 5-12; 38-42. Es de notar que pone fin a la traducción sin traducir las últimas frases del original, de manera que resulta un «fragmento». También Fr. Schelegel, el gran romántico alemán, estima mucho este libro, que «despierta el más puro deleite». Jugendschriften ed. Minor II 368.

(2) Oeuvres Tomo 6. Pensées sur divers Sujets, París, 1817, p. 51.

[Madrid, 1-6; Aranjuez, 3-6; fol. 34 v.] ...pero tu has visto todo esto.

[Madrilejos, 4-6; Manzanares, 5-6; Valdepeñas, 6-6; Carolina, 7-6; Andújar, 8-6] ... Cómo me agradaron los pueblecitos de la *Sierra Morena!* Más quisiera yo haber fundado una de estas aldeas, como el buen Carlos III, que ser el héroe de Austerlitz! ... (no hace mención del carácter aleman de estas colonias).

[El Carpio, 9-6; fol. 35 r. Córdova, 10-6; La Carlota, 11-6] Esta mañana en Córdova fuimos a la Catedral. Nunca me ha gustado.

[Ecija, 12-6; Carmona, 13-6] ... Me detuve algún tiempo en el puente, contemplando las hermosas márgenes del *Genil*, tan cantadas por nuestros romanceros.

[Utrera, 14-6; Jerez, 15-6; 1806] ... Chiclana, 10-7-1806. Te escribo casi a la luz de la Luna que se mete clarísima por mis ventanas. El cencerro del buey que anda en la noria, el incesante [folio 35 v.] trino de los grillos, el graznido de las ranas, la fragante suavidad del aire, la ausencia de toda voz humana, todo está en harmonía con el sosiego de mi corazón. Mi vida es bien tranquila. Durante el día hace calor, pero las noches son deliciosas. Muchas me quedo en el balcón hasta después de las doce, y aun a esa hora suena en la distancia guitarras y castañuelas; este sonido que ningun otro interrumpe, inspira una tierna melancolía, incompatible con la bulliciosa hora del Sol. Ahora tenemos aquí teatro. Estas noches han dado *El mejor Alcalde del Rey, El rico hombre de Alcalá, El honor da entendimiento* y otras piezas buenas, con lo que estoy muy contento ...

18 julio 1806. Anoche dieron *Lo cierto por lo dudoso* que no me canso de admirar. *El sí de las niñas* te aburrirá; no tiene más mérito que su hermoso lenguaje, etc.

30 julio 1806. El día de *Sta. Ana* ha sido muy alegre; aunque no ha habido feria este año, el pueblo ha celebrado su patrona con guitarras, panderos y cantares, etc.

15 agosto 1806. Ayer a las cinco de la mañana se estremeció *Chiclana* con el estrépito de la Salva por *San Napoleón* en Cádiz. Gran fiesta, en la capilla que estaba dedicada a *San Luis*, en San Francisco; a la noche gran iluminación en el teatro y la ópera (no mal traida) del *Bondo Cani*. Tu carta está fechada de *Thurow*. Algunas veces me acuerdo de *Thurow* al aspecto de la montaña de

Ronda, que veo desde mi balcón, y cuya magnífica cordillera comparo con aquel país chato del *Lau[e]nburg*, tan triste y tan frío. Sin embargo la naturaleza para mí nunca es fea, y aun la soledad e inmutabilidad de los lagos, la aridez y el yelo no siempre me desagradan, etc.

14 setiembre 1806. Ya hemos tenido algunos aguaceros. Es indefinible la sensación que causan las primeras aguas del otoño en este país, y cuando acabado de llover, el sol despliega el azul del cielo, y que el viento Oeste bambolea las ramas de las acacias cargadas de gotas de agua, parece que todas las sensaciones de vida despiertan para hacernos gozar de todas las bendiciones del cielo. Mi jardincito es la maravilla de *Chiclana*; los árboles y arbustos de las cuatro partes del mundo fructifican perfectamente en él. Toda la familia de las acacias, empezando por el aroma que exhala a tanta distancia su delicioso perfume, el árbol de la pimienta, el sycomoro, el plátano, etc., mezclados con una profusión de naranjos, mirtos, adelfos, jazmines, etc., forman un pequeño Eden.

[fol. 36. r] 29 septiembre 1896. No puedo contarte tantas variedades de nuestro clima como me cuentas del tuyo. Pero, sin embargo, ya experimentamos alguna mudanza en la estación, y el aire frío de la noche da una claridad a la Luna, que hace creer en la imposibilidad de las tormentas, y esto, tanto en el sentido figurado como en el literal, etc.

14 octubre 1806. En estos días he releído a *Mariana*. En su lenguaje sencillo, lleno de una dulce filosofía, y en su antigua y buena dicción, se puede juzgar de lo que eran los españoles de su tiempo, y aun todavía, apesar de la corrupción que nos han metido por los ojos, se perciben los restos de aquella sangre honrada, demasiado esparcidos para distinguir el carácter que ha poseído la Nación durante tantos siglos, pero suficientemente perceptibles para persuadir que una conmoción saludable reanimaría su glorioso nombre, etc., No he tenido carta este correo; no se si es el insigne *Napoleón* que se le debe la inexactitud de los correos, porque ¿qué es lo que no se le debe?...

28 noviembre 1806. Tu descripción de la Naturaleza del Norte me ha interesado. Aquí no tenemos sino bellos días; el cielo siempre de un azul purísimo. Si hubieras paseado hoy con nosotros en nuestros pinares tan verdes, tan aromáticos, tan silenciosos, todo tu

ser se hubiera resentido de un bienestar, de una vida, de un contento singular. Me ha dado la noticia que *Napoleón* y los suyos citan en el *Mecklenbourg*. ¡Cómo os compadezco! sobre todo después de lo de *Lubek!*

26 diciembre 1806. *Solano* se ocupa en hermosear a *Chiclana*. El río, los caminos, los paseos, todo toma una forma nueva. La reconquista de *Buenos Aires* nos ha llenado de gozo. Tenemos una continuación de la primera, apenas llueve, pero los labradores no se quejan. Sin embargo, yo quisiera un poco de lluvia, siquiera para caracterizar la estación...

3 febrero 1807. Si el 7 de enero no tuviste un cielo azul, un aire puro, un sol resplandeciente, fué porque estabas fuera de aquí. Hoy llueve, pero es una lluvia como la misericordia en *Shakespeare*.

«That droppeth as the gentle rain from heaven upon the place beneath», o como en *Ossiam:* «The shower of spring when it softens the branch of the Oak, and the young leaf rears its green head.»

8 mayo 1807.—Nuestra primavera es hermosísima y mi jardincito la [fol. 36 v.] luce; está lleno de fragancias y colores. Te escribo en medio de una atmósfera embalsamada que entra por el balcón de mi gabinete con el canto de los pájaros y el susurro de los insectos. Bien puedo decir con Wordsworth:

«There's a blessing in the air
Wich seems a sense of joy to yield,»

que seguramente no gozan Vmds. en Gorslow.

9 junio 1807.—Ayer dimos un paseo hermoso. El cielo estaba un poco nublado, pero el sol asomaba algunas veces con todo su esplendor; en su ocaso lo envolvieron nubes de oro y púrpura; el aire era fresco y puro como si lo hubiese precedido una tormenta. Nos sentamos debajo de las extendidas ramas de un pino; por delante teníamos un olivar, cuyos troncos medio cubría el trigo ya crecido, a la derecha una vacada, a la izquierda una yeguada, por detrás un pinar frondoso y sobre nuestra cabeza un ruiseñor que cantaba las delicias de la tarde, etc.

24 junio 1807.—El Padre Gil (nota: fué presidente de la junta de Sevilla) me dice este correo: «El pensamiento de Schwartz es original. Yo quisiera tener tiempo para escoger algunas frases poéticas nuestras, señalarlas y cotejarlas con las de los poetas alemanes e ingleses, y hacer ver a Vm. cuanto las imaginaciones

españolas se aventajan a las de aquellas Naciones, y nadie las iguala en formar imágenes atrevidas y verdaderas; una sola reflexión me basta y es esta: un marido que escribe a su mujer a Chiclana, desde el fondo de la Alemania, de estas materias y en este tono, en principio del siglo 19, cuando *Napoleón* recorre aquel país para darle libertad, según nos cuenta, y está en las orillas del Vístula, qué fenómeno y quién lo creyera!».

7 agosto 1807. Sigo mis baños en el río. Ayer noche estaba el tiempo tan hermoso, el aire tan perfumado, toda la escena tan tranquila, tan deliciosa! En una orilla se veía el cementerio con su lámpara solitaria, en la otra se reflejaban los árboles en el agua, meciéndose sus ramas sobre la ondulación del maïs; en el fondo de este cuadro las colinas semejantes a unas sombras fantásticas y algunos nublados agolpados sobre ellos, despidiendo mil fusilazos, y al regresar por el sendero de la huerta guarnecido de granados de en flor, se nos presentaba el castillo como corona del cerro y guardián de los sepulcros que están a su pie, etc. [fol. 37 r.]

1 septiembre 1807. ¿Quién ha metido a la Dinamarca en declarar la guerra a los ingleses? *Napoleón* está determinado a desterrar la paz del Universo.

3 noviembre 1807. Damos unos paseos hermosísimos. Bajo este cielo delicioso. Apenas se asoman las lluvias, cuando sale a su encuentro la yerba, brotando por todas partes. Todo se ríe. Al respirar el soplo suave de esta odorífera atmósfera, y al pisar «the well known paths» de mi adolescencia, me parece percibir de nuevo la inocencia de mi niñez. Los Genios de la memoria y de la melancolía son inseparables; pero «there's a joy in grief when peace dwells in the breast of the sad». Ossian.

20 noviembre 1807. *Solano* ha salido para el ejército de *Portugal.* ¿Qué se nos prepara? es pregunta que me hago muy a menudo, y a la cual no me atrevo a contestar porque hierve en mis venas sangre española. El tiempo sigue hermoso, los campos brillan de verde y flores; nuestro jardincito es un prodigio, etc.

5 enero 1808. Esta naturaleza contrasta bien con la del Norte. Nuestros tapices de verdura en este momento están en todo su lujo. Hasta los pájaros se persuaden que estamos en la primavera y celebran nuestros bellos días, etc.

19 febrero 1808. Esperan a *Bonaparte* en *Madrid;* dicen debe

acompañar a la Reina de *Etruria* a *Lisboa,* y que regala parte de *Portugal* al *Príncipe de La Paz*, pero dejemos este capítulo para hablar de esta celeste atmósfera.

Quisiera que la respirases para ahuyentar esa tos y ese dolor de estómago. Desde un mes están los almendros cubiertos de su flor, algo parecida a la hortensia, pero más perfumada. Los espinos blancos empiezan a pimpollar, la pervinca ha trepado ya por los vallados, regalándolos de sus flores azules; todo anuncia la Primavera.

Mayo 11 1808.—Escriben de Bayona: «Ayer mañana llegó aquí el Gran *Duque de Berg*, y toda su comitiva durante el día. Anoche llegó Izquierdo. Están anunciando para hoy el *Príncipe de Neufchatel* y el secretario de estado *Maret.* Para mañana los generales *Duroc* y *Savary.* No se sabe fijamente la llegada del Emperador, pero se cree será el 4 de marzo. El *Duque de Berg* no quiso recibir la visita de las comunidades. Viene a mandar, en jefe, los ejércitos que entran en España. Se ha mandado desalojar las casas de la plaza de armas para el séquito de la corte. Vanse a ver novedades, y no buenas para nosotros españoles. [fol 37 v].

El Padre *Gil* me dice por el correo de ayer: «Están ya los franceses en *Cataluña* y se encaminan a *Valencia*, de allí dicen a las *Andalucías*. Mucho nos aman, pues con tanta molestia suya vienen a hacernos felices. Entraron en la Ciudadela de *Pamplona* por sorpresa, y esto no es nada. Lo mismo han hecho en Roma con el castillo de *San Angelo*, y el pobre *Papa* estará contento. Parece que *Solano* y su ejército salieron de *Setubal* el 2 de marzo, que se encaminan a *Badajoz* y de allí a Cádiz. Está dispuesta una diputación de *Lisboa* para dar gracias a *Napoleón* por los singulares favores con que los han honrado. En otro tiempo era un refrán de la lengua española: tras de cuernos penitencia, y luego mandarle bailar, y luego reñirle porque bailaba mal. *Murat* está en *Bayona* y *Duroc* se prepara para vernos. ¡Qué cariño! Se vuelven locos con nosotros!

Chiclana 25 marzo 1808.—¡Apareció un nuevo día! ¡La España resucita! Te mando los decretos del Rey y las noticias que corren. Nuestra situación ha mudado; ya no se oye sino la voz del contento y gozo!

29 marzo 1808.—Las cabezas están alborotadas. Verás por los

inclusos que ya la política debe interesarme. Pepe Mora (nota: el actual Editor del Constitucional en Madrid) [1] me escribe de Cádiz. «Creo que no hay nada que temer de los franceses. Sería menester un corazón infernal para abatir a una Nación tan noblemente generosa y realista. Y además ¿no pudiera suceder que les costara muy caro cualquier atentado? Ahora el voto de los verdaderos españoles es que vuelvan nuestros hermanos de Alemania; quizá lo lograremos y entonces habrá poco que temer de las causas externas. Si es verdad que *Florida Blanca* vuelve a tener influjo ¿no será posible que vuelva el reinado de las virtudes nacíonales y que renazca aquel carácter que las opiniones extranjeras y la ignorancia habían casi extinguido?

Chiclana 1.° abril 1808. Procuro hacerte un pequeño diario de los acontecimientos públicos de nuestra España, bien persuadida de que te deben interesar. Porque ¿quién no ha de querer a una Nación tan noble, tan generosa, tan leal?... Yo estoy loca: nuestra primavera es magnífica. La vida bulle por todas partes; todo es flor mariposa, ruiseñor! etc.

12 abril 1808. Verás por mi diario el estado de los espíritus. [fol. 38 r.] No, jamás ninguna nación ha demostrado tanta lealtad, tanta energía, tanto valor! etc.

19 abril 1808. Se espera a *Napoleón* en *Madrid*. Con esta venida hay quien se las promete felices. ¡Quiéralo Dios! Yo no consiento en dar oídos a mis sospechas, por que sé que soy demasiado confiada por naturaleza.

A *Espeleta* lo han heche capitán general con el mando de *Cataluña*. Bien lo merece por su bella contestación a *Duhesme*. *Murat* por fin hizo visita en nombre de su amo a nuestro Fernando.

22 abril 1808. Me escribe *Mora* de Cádiz: «Ayer tuvimos aquí una función muy augusta y respetable, una procesión general de rogativa por el Rey, en que iban las comunidades, la oficialidad, el obispo, los cabildos, el gobernador y los regimientos. Era un espectáculo muy interesante, y lo hacía mucho más la dignidad del motivo; la memoria de un monarca joven que ha escapado prodigiosamente de tantos peligros, y el contraste con el gobierno pasado que ha tenido tanto influjo en el descrédito de las ideas religiosas, embotando este poderoso resorte de las naciones, alma de las re-

(1) Por la nota se ve cuando se hicieron estos extractos.

uniones públicas. Me acordé de Vd. y de la pintura que me hizo de la bendición de la barca» etc.

Copia de una carta de Madrid. «Salió el Rey para Burgos el 10 abril. Parece cierto que se resolvió esta marcha por el antecedente lisonjero de la venida de *Savary* a cumplimentar a *Fernando setimo* y la ratificación de la alianza. Todas las cartas y correos desde este viaje convienen en que S. M. iba a salir de *Burgos* para *Vitoria*. Iban en su compañía el dicho *Savary* (que es grande de España por su grata misión) *el Duque del Infantado, el de San Carlos, el Marques de Villasiezo, el de Ayerve*, Escoiquiz, dos consejeros de Estado, etc., en tres coches con poquísimo lujo. Las gentes estan con la mayor inquietud por las dudas y desconfianzas del viaje de *Napoleon*; y como aman hasta el entusiasmo su joven Rey, sienten demasiado el menor desaire. Dios quiera que salgamos pronto de dudas. Se ha notado que no se hallan en las tiendas y almacenes de *Madrid* cuchillos, puñales, ni sables, porque todos se han comprado por los madrileños. Dicen que ha llegado a noticia de *Murat* y que tiene el mayor cuidado, imponiendo a su tropa vigilancia y disciplina. El martes, día 12, fué este Príncipe a comer con los Reyes padres al Escorial... El pueblo se incomoda de las menores circunstancias. En *Barcelona* hubo fusilazos entre una guardia francesa y una española. Todos los días tenemos aqui algun lance.

Por todas partes donde ha pasado el Rey la gente se ha vuelto loca. A la par, derraman flores y lágrimas de gozo [fol. 38 v.]

26 Abril 1808. *Murat* ha hecho acampar sus tropas fuera de Madrid. Está muy íntimo con los Reyes padres. La Reina le regaló un tocador de oro. Por el correo de anoche se sale de algunos arrestos de Madrid. Un nublado se va formando que acompaña nuestras esperanzas; los recelos van adquiriendo algún fundamento. Dicen que el Rey padre ha protestado contra su abdicación; otros pretenden que no quiso firmar la protesta que le presentaron. Todo esto es obra de ese maldito *Murat*. Se dice que *Fernando* y *Napoleón* se verán en *Irún*, que este último ya no viene a *Madrid*.

29 Abril 1808. Nuestro momentáneo resplandor sólo ha servido para aumentar nuestra triste tenebrosidad. Todo se acabó! y ya yo no puedo hablar de noticias con interés. Que te baste saber que se le ha concedido *Godoy* a *Napoleón*. El patriotismo me había electrizado, el honor nacional se había despertado en mi alma, cercado

de todas las imaginaciones gloriosas de nuestros antepasados y mi imaginación preveía con enagenamiento el feliz porvenir de *España*. Todo acabo! La *España* ha vuelto a degradarse. Y este es el grande hombre, que no sabe engrandecerse sino con la humillación de los demás! Procúrate los decretos, las proclamas, etc.; sobre todo la que se le hizo al leal pueblo de *Vitoria*; por mis manos no han de pasar, y llora sobre estos nobles españoles.

3 mayo 1808.—Tuve la sencillez de meterme a politicona por algunos momentos... Fácil de entusiasmar por lo grande, generoso y noble en todos los géneros, mi corazón palpitaba de esperanza y gloria. La caída ha sido cruel. Se dice que el día de *San Fernando* se jurará el Rey en todos los pueblos. ¡Dios lo quiera!

20 mayo 1808.—Todos se vienen a *Chiclana*. Se teme un bombardeo de los ingleses en *Cádiz*. Ayer atolondraba el ruido de los carruajes, y hacía un funesto contraste con el abatido silencio de los que paseábamos por el camino, etc...

[Nota: Aquí hubo un intervalo de 9 meses en que casi todas las cartas se perdieron.]

Chiclana 24 octubre 1809.—Estamos en unas circunstancias en que bien se puede decir: «Bienaventurados los «simples». ¡Qué época de sufrimientos! En vano tenemos aquí tranquilidad, en vano se ríe nuestro alegre cielo; la Andalucía llora el desastre de las demás provincias, llora sobre la humanidad en general! Toda [fol. 89 r.] la Europa sacrificada a un solo hombre! Todo lo que hay de nuevo y distinguido en el mundo vendrá a refugiarse a *Andalucía*, porque nosotros siempre seremos libres a pesar de *Napoleón* y de todos los diablos que le inspiran. Todos los que tienen alma deben volar desde los confines de la tierra a las márgenes del *Betis*, porque esta es la patria de la virtud y del entusiasmo!

13 febrero 1810. Ya nos hallamos envueltos por la guerra y todos sus horrores. El cielo es inexorable. Ya no habita la paz entre los hombres, pues voló de la hermosa *Andalucía*. Yo me iba a Gibraltar, pero llegaron como un rayo, y ni aun en Cádiz pudemeterme.

25 abril 1810. No estés inquieto con respecto a nosotros. Después de los primeros horribles desórdenes, los habitantes de este infeliz pueblo se han familiarizado con la soldadesca. Hasta ahora hay que comer. El soldado se ha encargado de robar lo que no era *robable*. Esta especie de calma, sin embargo, es horrible.

13 junio 1810. Supongo perdidas la mayor parte de mis cartas. ¡Qué época de tribulación y de dolor! ¿Por qué no he nacido un siglo más tarde? en el siglo que ha de juzgar de éste. Algunas veces lo alcanzo con la imaginación y entonces gozo de consuelo, porque pienso en mis nietos que heredarán mi sangre y mi *tête exaltée* como me dice mi alojado el general *Vilatte*... Ya no leo sino la historia... ¡y qué triste lectura es! siempre lo mismo; millares de locos sacrificándose por un ambicioso, un tirano. Nada sabemos de *Cádiz*. Aquí los franceses dan muchos bailes y fiestas, respetan bastante mis opiniones para no ofenderse de que no vaya a ninguna.

1 julio 1810. Nuestra situación en siempre la misma. Oímos de continuo los cañonazos que matan a los hombres. Cuando desde la altura de *Santa Ana* o de la *Soledad* veo la *Isla de León* envuelta en ese maldito humo, me acuerdo de los días tranquilos en que al través de una atmósfera clarísima se diseñaba sobre el horizonte azul esa bonita población, tan blanca, tan alegre; de aquellos días tan felices que, desde esas mismas alturas observaba las velas de los botes que parecían volar sobre la marisma, procurando [fol. 39 v.] adivinar cual era la que tenía al que iba a ser el compañero de mi vida. Entonces siento caer quedamente las lágrimas por mis mejillas y me encomiendo a Dios.

En Cádiz están muy alegres y sin el menor recelo. Los sitiadores con la mayor *inconciance* dicen que este es el sitio de *Troya*. ¡Qué triste es el oficio de la guerra cuando no le acompaña el honor, la gloria, la humanidad, la justicia, el entusiasmo!... En *Puerto Real* llueven las balas; aquí han caído algunas en nuestros paseos.

8 julio 1810. Desde cinco meses más parecemos los sitiados que los sitiadores. Mi única esperanza está en Dios. Cuando veo en la fortaleza de *Santa Ana* (ya no es el bonito templo que tanto hermoseaba a *Chiclana!)* un cañón de 24 con la boca hacia nosotros, en su dirección al camino de *Medina*, me estremezco. De *Cádiz* sólo sabemos, por algunos desertores irlandeses, que esas gentes pretenden a la divisa: *sans peur et sans reproche*. Mucho te podría decir, pero no me atrevo, pues como dice *Voltaire:* «il n'est plus permis de penser par la poste».

12 julio 1810. El país sufre horriblemente. La quema de los efectos ingleses que se hallaban aquí, después de haberlos rescatado con 60 por 100 de derechos, las contínuas contribuciones y

los eternos robos han arruinado el pueblo...; pero renaceremos de nuestras cenizas...; deberemos a estos *soi-disant* ilustradores que se han imaginado podernos conquistar, la regeneración de esta noble patria. Se aplacará en nosotros ese furor de admirar todo lo extranjero y de estimarnos en poco; conoceremos que para ser la primera de las Naciones no hemos menester sino reconocer y apreciar a nuestras facultades nacionales, y ejercitarlas en todo lo que no se parezca a nada francés. No hay duda: la injusticia y opresión ha despertado la indignación, y ésta el heroismo...; la posteridad lo dirá.

18 julio 1810. Espero que piensas a menudo en *Chiclana*, en este rincón tan tranquilo, tan risueño, tan feliz, *¡cuando Dios quería!* hoy cercado de instrumentos de muerte, y abrumado con el estampido del cañón. Nada sé de *Cádiz*. Un muro de bronce separa la madre de su hijo, la mujer de su marido, el amigo del amigo... [fol. 40 r.]

Esas tapias guarnecidas de cañones que ocultan el templo, esos trabajadores sudando la gota gorda, en vez de tiendas iluminadas, bañoleras, guitarras, panderos y castañuelas, y toda la alegría de la feria y festividad de *Santa Ana!* ¡Qué contraste! me eché a llorar... y hay gentes que aman la guerra, que la introducen alegremente en un país tranquilo, aliado, amigo!

2 Agosto 1810. Siempre continuamos en la misma situación, más extranjeros a *Cádiz* que a *Petersburgo*. La polvora es la que únicamente nos avisa la existencia de nuestros amigos. En la oscura de la tarde veo el fanal de *San Sebastian,* y el vacilante brillo de su luz me inspira una melancolia que me hace meditar profundamente en las vicisitudes de la vida. Estas mismas vicisitudes excitan la esperanza, porque demuestran que el destino no es inflexible. Afortunadamente nuestra verdadera vida está en nuestros sentimientos, cada individuo es un mundo y en su pensamiento caben todos los universos... apesar de la tiranía y del infortunio el pensamiento es libre... Ah!, en nuestra situación, si que es menester vivir en el mundo ideal! el verdadero es tan triste, tan árido, tan infeliz! Es imposible tener más indulgencia y delicadeza de la que tiene el General Villatte conmigo que, agriada por las crueles desgracias que se han desplomado sobre mi inocente e idolatrada Patria, me desato en expresiones duras y hablo lo que siente mi corazón, sin pensar

en lo que pueda ofenderle... pero yo no sé medir mi lenguaje por las circunstancias...

18 agosto 1810. No hay novedad en nuestra situación. El sitio no tendrá fin, y me inclino a creer que lo levantarán por falta de víveres. Tiemblo al pensar en el cúmulo de males que nos amenaza! Hambre, peste, dolor y muerte!

16 setiembre 1810. Mi imaginación se ha apagado, y si mi corazón no sintiera algún alivio en ser útil a este desgraciado pueblo, creo que ya me habría desesperado.

25 setiembre 1810. La guerra y todos sus horrores nos dan los [fol. 40 v.] buenos días y nos dicen buenas noches. Tiene nuestra situación una monotonía de angustia que convendría en algún tanto a la musa de *Young*. Cuando sopla el levante se lleva a los mares el estallido del cañón y sólo en el descanso de las ráfagas llega a nuestros oídos un cierto mugido lúgubre, pero cuando el poniente nos trae, todo es un estrépito. Luego, esto van tan largo! Si no me ocuparan tanto los que sufren más que yo, ya creería se habían acabado todos los consuelos del mundo para mí!

9 octubre 1810. El sitio será eterno, y esta guerra también, pues el modo con que esta antigua nación quiere sacudir un yugo extranjero, burla todos los planes, todas las científicas combinaciones de los más afamados militares. Se destruye el país, se extiende el infortunio, pero no se conquista la *España*...

14 octubre 1810. En este momento vivo como si no viviera. No puedo fijar en nada mi pensamiento; mi imaginación está aterrada. Hablan de ataque, no lo creo, porque son insuficientes las tropas estas para tal hazaña. Dicen también que han llegado al *Trocadero* dos grandísimos morteros que han de meter sus bombas en *Cádiz*. Yo tiemblo que sea así. Aunque me consuela cuánto mienten esos farsantes.

8 noviembre 1810. Nueve meses hace que el infortunio llegó para habitar con nosotros; nueve meses hace que la esperanza huyó de aquí; nueve meses hace que no he recibido más que tres cartas tuyas, y sabe Dios si recibes las mías, aunque el general es quien me las encamina; yo no se como los demás están con la existencia, para mí es un peso que abruma todas mis facultades. ¡Cuánto cuesta retroceder del país del entusiasmo! ¡Con qué enagenamiento me había dejado alucinar por dulces quimeras y delirios gloriosos!...

ha sido menester despertar y ver el esqueleto de la vida! Lo repito: este es el sitio de *Troya* y crean Vdms. por allá lo que quieran.

14 noviembre 1810. Los sitiadores son los sitiados. Ya nos van faltando las subsistencias. Los labradores no pueden sembrar [fol. 41 v] porque la soldadesca les mata los bueyes de labor; las partidas españolas llegan a las cercanías del pueblo y se llevan cuanto encuentran. Añade a esto, el silbido de las balas, el estrépito de la pólvora, las calenturas, las inmundicias, la miseria de toda clase y formarás un ligero bosquejo de nuestra actual existencia. Cuando pienso que con el nombre de regeneradores se introdujeron estas gentes pérfidamente en un país de gente honrada, sus aliados y amigos; cuando observo todos los sitios por donde pasan, no solamente arruinados, sino quizá también pervertidos, me lleno de odio e indignación...

21 noviembre 1810. Disfrutamos de buena salud a pesar de la continuación de nuestras calamidades y de la poca esperanza de ver su término. El tiempo es hermosísimo, es una primavera. El aire está tan cargado de fragancia como si estuviésemos en mayo, y hasta nuestras ruinas se ven tapizadas de flores. *Santa Ana* se oculta entre bastiones, medias lunas y qué se yo qué obras destructoras, en vez de dominar como solía sobre sus campos y verduras. ¿No es todo esto muy triste? Yo no puedo mirar estos malditos cañones (bien a la verdad nunca harán mal a nadie) sin odio e ira.

6 diciembre 1810. No extraño que mis cartas se pierdan. Todos los caminos están interceptados y tienen que hacer escoltar los correos por pequeños ejércitos. Todo aquí está carísimo y nos amenaza una próxima hambre. ¡Qué perspectiva! porque por lo que es tomar a *Cádiz,* jamás será.

«et cet oracle est plus sur que celui de Chalcas».

La generación presente tiene la vista muy corta; es verdad que todo lo que me rodea en el día es adecuado a darme esta idea; nada de distinguido, nada de poético; todo es *filosófico.* Filósofos que se sonríen aun cuando ven humear la sangre de sus semejantes inocentes. Hay entre estos famosos guerreros quien para probar el temple de su sable (sin duda don de *Napoleón)* degolló a un prisionero español. ¡Y el rayo no bajó a aniquilarlo! Me enardezco al

hablar de [fol. 41 v.] estas cosas; oigo los henchidos latidos de mi corazón golpear contra mi pecho, oprimido por la imaginación...

Me ocupo de Calderón y de nuestros antiguos poetas para procurarme algún consuelo. En los poetas es que se puede percibir el espíritu, los modales y el carácter de las Naciones. Los historiadores nos cuentan crímenes y la historia es tristísima lectura. ¡Cómo pinta *Calderón* esa nobleza, esa generosidad, ese excesivo pundonor que caracterizaba a los españoles de su siglo! Pues todavía es lo mismo a pesar de la corteza viciosa que los vecinos, desde tanto tiempo, han echado sobre esta Nación y los siglos venideros lo dirán!